

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,

LLEVADO A DOMICILIO.

Seis meses. 15 reales.
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la Administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos **Bally-Bailliere**, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.
En Provincias, en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 reales.
Un año. 38 »



Un enorme perro se paró delante de mí. (Pág. 738, columna 1.ª)

OCHO DIAS EN EL CASTILLO.

NOVELA ORIGINAL

DE FEDERICO SOULIE

TRADUCIDA POR

D. EDUARDO PERIE.

(Continuacion. — Véase el n.º 46.)

Fué una felicidad el que perdiese el conocimiento, ya que no perdí la existencia en aquella noche; porque si hubiera encontrado el camino que conducía a la vivienda de mi madre, no sé lo que hubiese hecho en la frenética desespera-

cion que me dominaba. No recobré mis sentidos hasta ya bien entrado el día, y me encontré en medio de un zarzal cuyas espinas me habian desgarrado la cara y las manos.

Ni una lucha, ni una marcha, ni un trabajo, y contad que los habia llevado á cabo, capaces de doblegar á los hombres mas vigorosos, me habian dejado nunca tan rendido ni tan débil como aquella revelacion de la verdad. Aunque triste en mi pensamiento, me habia reido á menudo de esa pretension al cansancio, que los ricos dicen sentir cuando un pesar los domina. Mas esta vez adiviné lo que es la fuerza del alma comparada

con la del cuerpo, y lo débil que es este para soportar los combates del corazon.

No podia menearme, y quedéme mas de dos horas en el mismo sitio, sin poderme levantar para reconocer donde estaba; y en aquellas dos horas, repasé punto por punto todo lo que me habia acontecido la víspera; clasificaba en mi mente todo lo que hasta entonces veia desordenado y sin conexion con mis recuerdos; y cuando iba á maldecir á mi madre, me pregunté lo que la habia impulsado á cometer aquel crimen, y recordé las palabras de Mr. de Chevalaine: « ¡Tú, por quien lo ejecutó! »

Fué un nuevo dolor para mí, señora; y tal vez el mas cruel de todos los que he soportado. El pensamiento de un asesinato cometido por causa mia, me degradó á mis ojos, y me pareció que, habiendo sido yo el pretesto, podia considerármeme como cómplice; y desde aquel momento, un solo pensamiento me dominó, y era el que no podia lavarme de mi mancha sino renunciando para siempre el aprovecharme de ella.

Sin embargo, el dia avanzaba, y no me sentia con suficientes fuerzas para levantarme del paraje en que habia caido: creí morirme en él y no esperé ni temor ni sentimiento, cuando sentí de pronto que los zarzales se agitaban vivamente en torno mio, y poco despues un perro gigantesco se paró ante mi gruñendo con furor.

En el mismo instante oí la voz de un hombre que gritaba.

—Deteneos, Mlle. María: puede ser que sea algun animal que ha encontrado el perro; será alguna zorra sin duda. Voy á tirar por delante del lebrél, y si no le mato, le haré huir.

—No..... no, exclamó de pronto María; ved este giron de lienzo ensangrentado: tal vez haya algun desgraciado herido en ese zarzal.

—Tal vez tengais razon, dijo el guarda; ese haragan de Maricou estaba ayer por aquí, y por donde quiera que pasa, hay alguna desgracia: y entretanto aquel hombre llegó hasta mi, seguido de María que temblaba como la hoja de un árbol.

Yo estaba recostado; habia oido lo que habian dicho, y cuando el guarda habló de tirar delante del perro, habia ocultado la cabeza entre mis manos decidido á dejarme matar; y cuando se aproximaron á mi, no habia cambiado aun de posicion; de modo que ni el guarda ni Mlle. María pudieron reconocerme cuando me apercibieron.

—Eso es, dijo el guarda; será un pobre diablo que ese canalla que protege vuestro padre, habrá robado y maltratado.

—Amigo mio, me dijo Mlle. de Chevalaine, tocándome ligeramente en el hombro, ¿quién os ha puesto en este estado?

Ya os he dicho el encanto que tenia aquella voz angélica, que no habia podido irritarme cuando me habia acusado é insultado: su dulzura me torturó el corazon cuando me habló con aquel acento de piedad; pues pensé que era la voz de una hermana, para la que era el último de los miserables. Separé tristemente mis manos de la cara, y miré á María frente á frente. Esta dió un grito horrible al apercibirme, y el guarda me apuntó con su fusil.

—¡Hola, hola! dijo con aire triunfante; ¿con que has encontrado uno mas fuerte que tú? Lástima es que el que tan bien comenzó la tarea, no la haya concluido; porque hubiera sido un descanso para el país, y nadie le hubiera pedido cuenta.

Habia largo tiempo que me estimaba en mas que el desprecio de aquellos cobardes, que se hubieran puesto de rodillas ante mi, si se hubieran encontrado cara á cara conmigo; y sus injurias, cuando se creian en seguridad, me daban una justa idea del terror que me tenian. Pero aquella vez el insulto de aquel hombre y la atrocidad de sus votos me regocijaron el corazon.

Estaba orgulloso de verme tan débil y abatido, y me parecia que acababa de conquistar una es-

cosa á todas mis venganzas, al ser acusado tan bajamente despues de haber sufrido lo que habia sufrido.

Esto me dió fuerza para levantarme, y me apercibi de que estaba á corta distancia del castillo de Chevalaine, del que habia creído alejarme.

—Ayer, le dije á María, os he encontrado perdida en la landa. Sin conocerme, me habeis llamado miserable: no os dije nada, y entrasteis sin ningun accidente ni temor en vuestra morada, de la cual habeis pedido que me echasen. Hé aqui como he salido de ella, yo, el miserable, el asesino y el infame.....

María me miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—Mademoiselle, dijo el guarda, cogiéndome por el cuello; ¿habeis visto á vuestro padre esta mañana?

—Acabo de retirarme de su lado, respondió María.

—¿Y no le ha sucedido nada por haber tenido la imprudencia de hacer entrar en sus habitaciones á este bribon?

—Dejad á ese hombre, repuso María; mi padre no tiene ninguna queja contra él, lo sé; porque cuando me he informado de lo que habia pasado entre los dos, no se ha quejado.

—Como gustéis, dijo el guarda de mal humor; pero os prevengo que esto terminará mal, si no libran al país de este canalla.

Pero yo no escuchaba al guarda, porque estaba fascinado por la mirada de María que se fijaba sobre mi.

¡Ah! señora, en aquel momento envidié el puesto de su perro que se habia acostado á sus piés entre ella y yo, como para defenderla; y si me lo hubiera permitido, le hubiera dicho.

—Hermana, yo seré el perro que velará sobre vos, que vendrá cuando le llameis, y que os seguirá cuando le olvidéis.

La debilidad que me habia aniquilado la vispera se apoderó segunda vez de mi corazon y me puse á llorar. María seguia mirándome y me dijo con su voz angelical.

—¿Con que no sois malo?

Aquella palabra me inundó de una alegría tan viva que me adelanté hácia María para caer á sus piés y besarle las manos; pero el perro se interpuso entre nosotros, y el guarda me rechazó con rudeza.

—¡Canalla, no toques á Mademoiselle! me dijo con cólera; no la toques, hijo de la envenenadora!

No se puede pasar de una alegría y una esperanza mas inefables á un dolor mas horrible. Sentí aun que mi razon se estraviaba, y al mismo tiempo una voluntad de vivir que me sostuvo. Cogí mi escopeta, y saludando á la jóven, le dije al separarme de ella.

—María, decid á vuestro padre en dónde y cómo me habeis encontrado.

Y mientras me alejaba, el guarda me colmaba de improperios; pero, al oírlos, me regocijaba.

—¡Oh! me decia á mí mismo, cuando sepa quién soy; cuando sepa que no he hecho mal á nadie, tal vez tenga lástima de mi, por haberme dejado maltratar tan cruelmente.

XIII.

Hasta que me creí enteramente oculto á su vis-

ta, no me detuve, y os confieso que las fuerzas me faltaban; pero necesitaba tomar un partido, y no tenia mas asilo que la casa de mi madre.

Hasta aquel dia, señora, habia atribuido á la diferencia de nuestras ideas la frialdad que sentia hácia ella.

Ambiciosa para mí, lo era de un modo que me repugnaba. Quería que fuera rico, y me decia siempre que mirara á las personas con quien tenia que tratar, como si fueran enemigos. Me habia prometido un porvenir brillante para cuando me revelara el secreto de mi vida; pero me decia que para obtenerlo necesitaba valor. Aquel valor consistia en saber amenazar con la vergüenza al que me resistiese; y eso era lo que me habia inspirado la curiosidad de conocer aquel misterio. Cuando lo supe, me espliqué lo que significaban sus palabras, menos el habérmelo ocultado hasta entonces. Pero por una desgracia que vino á herirme de nuevo, supe la razon por lo que aquel horrible secreto habia estado tan oculto.

Sin embargo, como os he dicho, tenia necesidad de refugiarme en algun paraje, y tuve que volver á aquella casa que tan odiosa me era ya antes de saber que el crimen habitaba en ella.

Sabia demasiado, pero conocia muy poco la vida para tomar un partido que pudiera salvarme. En efecto, tuve el pensamiento de alejarme del país; pero reflexioné que en otra parte me preguntarian por mi nombre y mi profesion, y no sabiendo qué contestar á dichas preguntas, me espanté.

Si hubiera tenido mas conocimiento de la sociedad, hubiera comprendido que podia pasarme sin esos requisitos; pero á la verdad, señora, un sentimiento singular dominaba mis temores y mis aprensiones.

Aquella fatal historia, que era la mia, la habia sabido por algunas palabras que me decian lo suficiente para aniquilarme; pero que me dejaban al mismo tiempo en la ignorancia de lo que me pudiera iluminar, en medio de las tinieblas que rodeaban mi pasado. Era un abismo en el cual debia perecer; pero queria penetrar en él, sondear sus mas sombrías cavidades, y recorrer sus mas tenebrosos senderos; queria, en fin, saberlo todo para juzgar.

¿Y quién mejor que mi madre podia decirme toda la verdad, ó dejármela adivinar al menos, si queria ocultármela? Apenas tomé esta resolucion, reuni mis fuerzas y me encaminé hácia la casa de mi madre.

Cuando llegué por medio de esfuerzos inauditos, era ya muy entrada la noche; pero estaba tan debilitado por el hambre y la fatiga, que no pude contestar á las preguntas que me dirigió mi madre, ni hacérselas yo por mi parte.

¡Si supierais cuán injustos nos hace la desgracia!..... En fin cuando me desperté, creíme culpable por haber dormido profundamente en aquella casa maldita; y mi conciencia me acusaba por el reposo que habia gozado en ella, como si hubiese perdonado el doble asesinato que habia cometido su dueña. Somos injustos tambien cuando sufrimos; porque mi madre á la que habia acostumbrado á mi vida vagabunda y que estaba muy á menudo semanas enteras sin verme, me pareció que no tenia ni corazon ni ternura para mí, por no haberse alarmado de mi ausencia.

Sin embargo, en cuanto fué de día entró en mi cuarto para saber lo que me había acontecido. Tuve un momento la idea de mentirle, diciéndole que había tenido una quimera con uno que la acusara en mi presencia; pero me avergoncé de aquel vano subterfugio; y sin embargo, no pude decidirme á revelar toda la verdad.

—Madre mia, le dije, me habeis prometido un secreto del que depende el destino de mi vida, y creo que es tiempo ya de que lo conozca.

—¡Ah! me dijo con una alegría mal contenida, ¿comprendes al fin que necesitas vengarte? ¿te han insultado?

—Madre, si me han dicho la verdad, no me han insultado; y Dios sabe de quién me vengaré entonces.

A aquella contestacion, mi madre palideció tanta era la significativa amenaza que brillaba en la mirada que fijé en ella.

Entonces exclamó con tanta cólera como desesperacion:

—¿Y tu primer pensamiento ha sido el de culpar á tu madre?

—Decidme que Mr. de Chevalaine ha mentido, y os creeré.

—¡Mr. de Chevalaine!..... repitió anonadada por la autoridad que tenía aquel nombre en las revelaciones de su vida pasada: ¿es él el que te ha dicho lo que sabes?

—El ha sido.

—¿Y qué te ha dicho? repuso devorándome con sus miradas.

—Todo..... la hora y el medio por el cual fué cometido el crimen.

Mi madre inclinó la cabeza murmurando las siguientes palabras casi ininteligiblemente.

—¡Cobarde! Luego repuso levantando su frente con altivez: Pues bien, Pedro, dime todo lo que te haya contado y yo te diré la verdad.

—¿Y os atreveréis?

—Te la diré sin temor y sin miramientos, como se la hubiese dicho á mis jueces, si no me hubieran suplicado de rodillas que ocultara mi crimen y el suyo.

Aquella fiera seguridad de mi madre destruyó a conviccion en que estaba de que su crimen no tenía excusa; y entonces le dije todo lo que había ocurrido. Pero por una precaucion, hija de la desconfianza que me inspiraba, y el inexplicable encanto de María, suprimí todo lo que había de cruel para mí en las palabras de la jóven, y de injurioso para mi madre. Esta me escuchó con una calma y una paciencia imperturbables.

Cuando llegué á la escena en que Mr. Chevalaine había dejado escapar su secreto en la persuasion de que lo sabía, se sonrió simplemente; pero con un aire de profundo desprecio hácia las debilidades de aquel hombre.

Acabé mi narracion sin que hubiera aparecido en el semblante de mi madre ni una señal de arrepentimiento, ni la mas pequeña muestra de terror; y entonces fué, señora, cuando tuve que soportar el mas rudo combate que puede aniquilar el valor de un hombre.

No conocia entonces la vida mas que por las cosas exteriores; y cuando escuché á mi madre, me pareció descubrir un mundo nuevo y desconocido; comprendí, por decirlo así, lo que era la vida de las pasiones, sus derechos y sus pretensiones.

Si hubieseis oído á mi madre, os hubiera anonadado de admiracion y de terror.

Entonces me contó, á su vez, su vida perdida, las burladas promesas de Mr. de Chevalaine; y me dijo cómo abandonó, sin piedad y sin arrepentimiento, á la mujer que había seducido; y en fin, llegó á mí, á mí que era su hijo, para el que había soñado un nombre, una fortuna y un porvenir!

Me refirió lo que había sufrido en la domesticidad mientras otra ocupaba su puesto; y por último, llegó á aquella noche fatal en la que Mr. de Chevalaine, aquel hombre sin corazon y sin honor, aquel brutal esclavo de sus deseos, compartía con su sirvienta el lecho que había sido abandonado por su esposa, á causa de su parto.

Ebrio de alegría por tener un heredero que transmitiera su nombre á la posteridad, insultaba á la que le había dado dicha felicidad en los brazos de otra; y á esta última la insultaba tal vez mas que á la primera, porque le decía que su hijo no sería olvidado en su munificencia; es decir, que le crearia un porvenir. Y todo esto en el momento en que se regocijaba por el nacimiento de un heredero, que usurpaba lo que le pertenecía anticipadamente al primero.

—Escucha, Pedro, me dijo mi madre: hacia dos años que vivía con la idea de vengarme, y tal vez con la esperanza que aconteciese alguna desgracia. El nacimiento de María me había encontrado impasible; porque era una niña y no lo que tan ardientemente deseaba el conde de Chevalaine. Ella no podía perpetuar su nombre, y además había nacido tan débil y enfermiza, que esperaba en la muerte para no tener que destruir aquel obstáculo que se ponía ante tu fortuna. Pero cuando nació aquel hijo tan deseado, aquel futuro conde de Chevalaine, y cuando comprendí que tú no eras mas que el bastardo de una criada perdida..... ¡oh! entonces ya no esperé á que la muerte me vengara.

Y sin embargo, si ese hombre no hubiese abierto la puerta á mi crimen, por decirlo así, como la había abierto á mi deshonor; si me hubiese dejado en mi desesperacion sin aguijonearme con su alegría; tal vez hubiera perdonado á Mme. de Chevalaine, porque había tenido la grandeza de alma de no humillarme nunca; pero la tentacion fué demasiado fuerte.

Desde aquel lugar que robaba vergonzosamente y que debió ser el mio, oía los gemidos del niño; luego, en fin, cuando aquel hombre se durmió al lado mio, aquel sueño tranquilo del que tanto mal me había hecho, me exasperó; y me pregunté si no sería justo que un terrible despertar castigase aquella imprudente calma.... En la oscuridad de la noche me parecía que me atraía una mano invisible.

Entré en aquella habitacion y ahogué al niño; no puedo decirte cómo es que murió la madre, porque no recuerdo lo que pasó despues que apoyé una almohada en la cara del recién nacido. Me escapé, y al dia siguiente, decidida á morir, recobré mi tranquilidad.

—¿Pero sabes quién me suplicó que viviera? sabes quién se puso de rodillas para que no revelase mi crimen? sabes quién me hizo mentir, y quién engañó á mis jueces? Pues fué Mr. de Chevalaine. Porque denunciar mi crimen, equivalía á denunciar el suyo. Me hubieran condenado cier-

tamente; pero él habría sido deshonorado. Esta es la verdad en cuanto al pasado; en cuanto al presente, escucha.

El es feliz, rico, le compadecen, y su hija lo ama y lo respeta; mientras que yo me veo proscriba y acusada, siendo para todos un objeto de odio y de desprecio, incluso tú..... ¿Crées que eso sea justo?

Señora, no pude contestarle á mi madre, porque no podía darme cuenta á mí mismo, en aquel momento, de lo que era el bien y el mal. Y contad que no he podido espresarme con aquella elocuencia apasionada, que hacia vibrar en mí sentimientos que no había ni aun sospechado, ó mas bien que no los había oído nombrar.

Por lo tanto, cuando me hablaba de aquella condesa de Chevalaine, que, á pesar de sus buenos sentimientos, le faltaban el poder, la energia, la belleza y la pasion, y que me pintaba con esos rabiosos celos, que torturan el corazon, lo que sufría al verse despreciada por otra que le era inferior..... comprendí lo que me hacia tan desgraciado, cuando veía que Mr. de Astorg obtenía todas las miradas, todas las sonrisas y todas las atenciones de Lucía; Mr. de Astorg, que era torpe, fátuo é ignorante, y que apenas tenía valor para arrostrar los peligros de la caza, pero tan contento de sí mismo y haciendo valer de tal modo lo poco que sabe, que Mlle. Lucía de Chevalaine se estasiaba ante él cuando la hablaba.

En los cuadros sombríos que me pintaba mi madre, reconocí un reflejo de los de mi corazon; y en el odio que le tenía á Mme. de Chevalaine, comprendí el que me inspiraba Mr. de Astorg.

Lo que me iluminó de un modo funesto, fué el desprecio que experimentaba hácia su seductor, unido á la mas dura esclavitud; pues la hubiera sometido á su menor deseo si se hubiera dignado manifestárselo. De esa manera era como yo amaba á Mlle. de Chevalaine, que era para mí un ser perfecto é ideal; y á la que le concedía ciegamente todas las bellas cualidades que le faltaban; pero no, no, señora, la juzgaba cruel y severamente; y no hacia el mas leve daño, cuando ya estaba pronto á acusarla; mas, sin embargo, no comprendía que pudiese resistir á su mirada,

Me pareció que Mr. de Astorg era un imbécil al amar á aquella mujer; y sin embargo, yo la amaba con un furor insensato.

Ese amor me espantó cuando lo comprendí; pero mi terror se acrecentó cuando conocí que mi madre lo había adivinado.

—Hace mucho tiempo, me dijo, que sé lo que estás sufriendo; y justamente por que sé lo que pretendes, he retardado la hora de mis confidencias. He querido que experimentases la desesperacion que siente un corazon que ama á personas que están en una posicion mas elevada. Quería que te hubiesen rechazado y despreciado como á mí, y sin embargo, no te han venido á buscar en tu retiro como han hecho conmigo, ni nada te han ofrecido, ni nada te han jurado; sino que tú solo eres el que has ido á buscar tu desgracia. Pues bien, dime: ¿no has pensado en vengarte?.....

—¡Si, pero una venganza noble, madre mia! exclamé: una venganza como se obtiene entre hombres. Estas palabras hicieron palidecer á mi madre.

— ¡Entre hombres!.... murmuró sordamente. ¿Luego, entonces, tú puedes, ó crees que podrás obtener una venganza noble, por que eres hombre? Eso significa que te batirás en duelo; pero, ¿y yo? Yo, que soy una mujer que no podía insultar á la que me robaba mi puesto, ni podía por lo tanto, matarla lealmente. ¡Desgraciadol! ¿Me hablas de una venganza noble para condenar la mia? Pero, dime: ¿qué te han hecho? ¿qué derechos has adquirido? ¿Es tuya Mlle. Lucia? te ha jurado que eras su solo bien? has perdido tu reputacion por haberla amado? te abandonan sin recursos, sin fortuna, deshonorado y con un hijo que llora pidiéndote un pedazo de pan? ¡Hombre.... hombre que quieres una venganza noble, tú tendrás la recompensa que se merece tu cobarde orgullo! Te insultarán, te abofetearán ante la que amas, y cuando hables de una noble venganza, les dirán á sus criados que te den una leccion.... Y entonces, ó serás el último de los cobardes.... ó si eres hombre, matarás al que te haya insultado.... Sí, lo matarás, y mas criminal que yo, no tendrás la excusa de haberlo matado por tu hijo; y mas feliz que yo, no llegará un dia en que ese mismo hijo te reprenda horrorizado, el crimen que hayas cometido por él.

Os lo confieso, señora; en aquel momento mi madre me espantó y me horrorizó de mi mismo. Es un partido tan noble el del pobre contra el rico, y el del proscrito contra el tirano, que me creí un cobarde por haberme apiadado de Mr. de Chevalaine, y de haber acusado á mi madre.

Comparé mi desesperacion y mi debilidad con aquella energía invulnerable, que no habia retrocedido ante el horror de una lucha tan cruel, y me consideré muy mezquino en comparacion de su grandeza. Me desprecié á mi mismo, al verme tan sometido en vista de aquel orgullo que igualaba sus derechos á el de los mas poderosos; y quise pedirle perdon, ofrecerle mi cariño y el apoyo que hubiera debido darle mucho tiempo hacia; pero no pude vencer aquella frialdad glacial que existia entre ella y yo.

Sus sentimientos me exaltaban, y hasta los envidiaba; pero en el momento en que obraban directamente en mi espíritu, una sensacion invencible me detenia, me comprimía el corazon y secaba mis lágrimas. El por qué no lo sé; pero no amaba á mi madre; y aquella misma fuerza de carácter que la habia sostenido toda su vida, me impedia que la compadeciera.

Me comprendió mejor que yo mismo; adivinó mis impotentes esfuerzos para adherirme á ella, y me dijo con una sonrisa despreciativa:

— Has visto á Maria, ¿es verdad?

— Sí, madre mia, le contesté.

— Y ama á tu padre, ¿no es cierto?

— Así lo creo.

— ¿Y te sientes inclinado á amar á esa jóven hermosa que es un ángel por su dulzura?

— Ni la conozco, ni la conoceré nunca, le dije; por lo tanto, poco me importa que sea buena y afable.

— Vamos.... vamos, me dijo mi madre; ya la amas.... estás por ellos y desconoces la mano que te ha alimentado; eres el digno hijo del conde de Chevalaine. Entrégate á los ricos y á los poderosos; vuelve á sus castillos y vive con ellos, no te lo prohibo. Puedes dejarme sola en esta aldea,

que yo te esperaré hasta el dia en que te echen y te insulten. Anda, Pedro.... anda.... los que prefieres á tu madre, me vengarán de tí.

XIV.

Se separó de mí sin que pudiese encontrar una palabra de consuelo que dirigirle.

¿No es verdad que hice mal, señora? Sí, hice mal, porque por mas excusas que he buscado en mí mismo, no puede borrarse de mi memoria la horrible ingratitud que mostré hácia ella. Pero á pesar mio, me parecia que habia sido mas bien el pretexto que el motivo del crimen de mi madre. No habia sentido nunca en torno mio algo que tuviera el acento de compadecerse de mí, sin que me sintiera atraído hácia la persona que lo pronunciase. Luego ¿de dónde provenia aquella estraña antipatia? Tal vez seria porque mi madre me amaba, no por mí, sino por ella, y no podia dominar aquel pensamiento.

Buscaba tambien una excusa de su insensibilidad para conmigo, porque el dolor que sentia, lejos de inspirarle lástima, le servia para aguijonearme é impulsarme á la venganza. Ella no deseaba verme feliz, sino que fuera miserable, para volverme vengativo; y me pronosticaba el ultraje para inspirarme la venganza.

Mme. Cros escuchaba á Maricou sin comprender exactamente lo que este le decia que experimentaba; y por mucho horror que le inspirase el crimen de Mariana, era muy de su sexo, y habia experimentado esa cólera que se apodera del corazon de una mujer cuando está asociada á un hombre cuyo corazon é ideas le son inferiores, y al que es preciso obedecer, sin embargo, por la razon de que es hombre, para no tener alguna indulgencia con la madre de Maricou.

Este adivinó, en el modo con que le escuchaba Mme. Cros, que aquella antipatia la juzgaba culpable, á pesar de todas las excusas de que se rodeaba, y por lo tanto, prosiguió con amargura:

— Vos tambien me acusais y me condenais, señora. Pues bien, sea, no tengo razon; pero si soy culpable, lo es el corazon mio. Porque mientras mas opuestos he visto que estaban mis sentimientos con mis deberes, mas exacto y riguroso he sido con estos.

Envidiaba la suerte de esos hijos que aman, y que con esta palabra se creen autorizados á darles á sus padres todos los disgustos imaginarios, y que so pretexto de que deben estar seguros de su corazon, descuidan todas sus obligaciones. Esos son felices, señora, y todo se les perdona.

— Es que el amor del hijo para una madre es el bien mas grato que tiene en este mundo, caballero; y antes que respetuoso y sumiso, quiere verlo amante y cariñoso.

— Lo sé, repuso Maricou con aire sombrío. Pero sé tambien que la primera necesidad de un hijo es el de ser amado por su madre. Pero, dejando á un lado esto, si vuestra paciencia no está apurada, continuaré mi narracion con tanta mas confianza, cuanto que no temeré que el consejo que me deis, sea hijo de un espíritu prevenido en mi favor, por la originalidad y el abandono de mi vida.

— Os he prometido el escucharos, caballero, dijo Mme. Cros, y cumpliré mi palabra. Os lo habia prometido antes de ser testigo de vuestra

conducta por salvar á Mr. Perrin, lo que es una razon mas para que os escuche.

— ¡Ah, señora! si supierais lo que me cuesta la salvacion de Mr. Perrin, tal vez encontrariais que hay alguna razon en lo que llamais una indiferencia culpable. Pero tarde ó temprano lo sabréis sin que os lo diga....

Se detuvo un momento, y luego repuso vivamente:

— Vos os creis estraña sin duda á todo lo que pasa, y no comprendéis el cómo vos, cuyas relaciones con mi familia no han existido, estais comprendida en esta espantosa historia. ¡Pues bien! señora, os lo diré todo; porque, en fin, estoy cansado de soportar el desprecio del mundo desde que el solo corazon que me ha amado y me ha comprendido, no está á mi lado para consolarme....

— Hablad, hablad, dijo Mme. Cros, á la que el acento de Maricou le inspiró un movimiento de piedad é interés.

— Desde el dia en que no hubo secretos entre mi madre y yo, mi vida cambió completamente; y todas las cosas tomaron una forma diferente á mis ojos. La curiosidad de los jóvenes que me habian invitado á sus cacerías, no fué ya para mí una especie de homenaje concedido á la superioridad de mi destreza, porque no tenian ni un perro rebelde que no hubiese enseñado en algunas semanas, ni un caballo indomable que no hubiera domesticado despues de algunas pruebas.

Muy á menudo, mientras organizaban las batidas para purgar el país de los animales carnívoros que espantaban á los colonos de las cercanias, tomaba por las noches mi escopeta y me iba solo en su busca; los perseguia, los atacaba, los vencía, y luego los ataba al pié de un árbol del camino por donde debian pasar, para hacerles ver que un hombre solo habia hecho lo que iban á intentar entre diez reunidos.

Estos triunfos habian sido hasta entonces mi vida, mi felicidad y mi gloria; pero al siguiente dia de aquella fatal revelacion, se me figuró que no me llamaban sino para observar curiosamente al hijo de la envenenadora. Recordé que nadie se habia atrevido á seguirme en mis aventuras solo en mi compañía, y que habian jugado conmigo, como si fuese un tigre abozalado, porque dos ó tres monteros armados marchaban siempre al lado mio.

El horror que habia inspirado á Maria, no era mas que el reflejo del espanto que inspiraba á todo el mundo. Lo descé.... me aseguré de ello, y luego me resigné. ¡Oh! ciertamente, he visto bastantes hombres y mujeres para saber que no es así como se gana su estimacion y su admiracion: una insurreccion abierta ó una lucha desesperada hubieran hecho de mí un héroe; y mientras mas los hubiese retado, mas estimacion me hubieran concedido; pero no lo quise, señora. Desde el momento que supe que habia un crimen entre el mundo y yo, me retiré de él. No fué sin combates, sin esfuerzos y sin cólera; pero no quise acrecentar la herencia del mal que me habia sido legado por mi madre.

Sin embargo, señora, no os admireis si dejé entonces que se desarrollase en mi pecho un amor que hubiera debido olvidar.

Lucia solamente fué la que no trocó en des-

precio la curiosidad que había tenido al conocerme, y tan solo ella fué la que, confiada en mí, no dudó de escogerme por guía en ese desierto que tan solo conozco yo.

Además, señora, sabía que había adivinado mi amor, y le estaba reconocido por no haberle insultado. Se adornaba con él, digámoslo así, con una especie de orgullo, como si hubiera domesticado á un indomable león, por lo que no creía que era tan despreciable.

Tan solo ella me quedó, señora; porque no cuento á su hermano, que á los ojos de todo el mundo, era el que me llamaba; pero como lo habréis observado, no es mas que un pobre idiota que ella gobierna á su placer.

Por más que quisiera explicaros mis sentimientos, no los comprenderiais en toda su estension, si no os dijera lo que estableció entre Lucía y yo una intimidad que debió transformarme mas tarde en su cómplice.

Entre los jóvenes que vivían en este país, os he nombrado á un tal Mr. de Astorg.

Por los términos en que me habló mi madre, y que os he repetido, debéis haber comprendido que Mr. de Astorg era amado de Lucía, y que lo aborrecía con todo el odio que pueden inspirar el desprecio y los celos.

Mr. de Astorg era elegante; acababa de llegar de París, y gracias á una inmensa presunción, había conseguido erigir sus ridiculeces y sus defectos en otras tantas cualidades de buen tono.

(Se continuará).

LA HIJA DE ANTONIO PEREZ

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE D. PEDRO ESCAMILLA.

(Continuación.—Véase el n.º 46).

—Corriente, dijo Isaac, restregándose las manos, ahí teneis para mandar que le digan unas misas.

Y tiró un bolsillo sobre la mesa.

—Esperad, contestó Jacobo levantándose; voy á preguntar á Blasa si ha entrado ya ese bergante.

Los dos se levantaron dirigiéndose al mostrador.

Entonces el sacristán, rápido como un relámpago, echó una moneda en la mesa y salió de la hostería sin ser notado.

—¿Qué hay de nuevo? le preguntó D. Juan con impaciencia; ¿has oído algo?

—Sí, á fé, contestó Lopez dando á sus palabras el colorido de la verdad; pero el negocio creo que no os interesa mucho: se trata de abrir una puerta secreta en uno de los subterráneos de la morada del judío.

—¿Nada más?

—Absolutamente nada.

—Entonces..... buenas noches amigo Lopez; puedes retirarte que yo voy á hacer lo mismo. Oye; dentro de tres días necesito verte.

—Cuando gustéis, Sr. D. Juan, siempre estoy á vuestras órdenes.

—Ya pasaré por tu vivienda, y hablaremos.

Y el caballero cruzó la plazuela para entrar en la hostería.

—Antes de tres minutos, dijo Lopez con sombrío acento, ya habrás cenado con Lucifer.

VII.

LO QUE GUARDABA EL CABALLERO EN EL BOLSILLO DE SU CAPA.

Lopez oculto tras del ángulo de una casa fronteriza á san Andrés, observaba atentamente esperando el resultado de los sucesos.

Desde su escondite, perfectamente escogido, podía ver quien entraba y salía en casa del compadre, seguro de no ser observado.

Un reloj de torre dió las nueve.

La puerta de la hostería se abrió y empezaron á salir los nocturnos parroquianos del establecimiento.

A esta hora cerraba su casa el hostelero.

Los bebedores fueron poco á poco alejándose en distintas direcciones hasta que se perdieron sus sombras en la oscuridad.

El sacristán observó, sin embargo, que el matón y el judío aun quedaban dentro, y esperó.

La luna empezaba á asomarse tímida y misteriosa sobre un cielo estrellado, marcando el vigoroso contorno de los edificios y esculturas de la fachada de san Andrés.

Su melancólica luz bañaba de claridad la hostería de Lucas dejando á oscuras el atrio de la iglesia.

Todo esto ayudaba al sacristán en su pesquisa.

Ya empezaba á impacientarse temiendo un mal resultado de ella, cuando se abrió la puerta escusada de la taberna y se deslizaron cuatro sombras rápidamente, huyendo de la luz y con dirección al atrio.

Dos de ellas se encajonaron entre los pilares de la puerta del templo, otra, que era la del judío, se escondió detrás de una enorme piedra en la esquina que miraba á la hostería, y la cuarta se lió en su capa y empezó á pasearse por la plazuela.

Todo esto lo veía Lopez sin ser visto.

—¡Hola!..... murmuró entre dientes, ya está la gente lista.

Solo falta que aparezca el jabali..... ¿Qué diablos tendrá que hacer Isaac en este negocio?

De este modo trascurrió un cuarto de hora, en el cual todos los personajes reunidos de tan extraña manera, se entregaban á ideas tanto mas distintas entre si, cuanto diferente era el papel que cada uno iba á representar en aquel lance.

No se oía mas ruido que el que producian los tacones del embozado sobre los duros guijarros de la calle.

Entre tanto, D. Juan, despues de haberse bebido una botella de vino, se habia retirado al pequeño aposento que ocupaba en la hostería cuando, segun sus planes, quería guardar el mas riguroso incógnito.

Dicha habitacion formaba parte del piso principal, y se componia de un dormitorio y una sala con un balconcillo de madera que miraba á la iglesia.

Empezaba el caballero á desprender de los hombros su capa de seda, cuando llamaron á la puerta del aposento.

—¿Quién va? preguntó suspendiendo la operacion.

—Abrid, Sr. D. Juan; soy yo, respondió Blasa desde afuera.

—¿Qué buscará esta mujer en mi cuarto á tales horas, se preguntaba D. Juan abriendo la puerta.

—Entrad, Sra. Blasa: qué diablos, ¿os habeis cansado ya de ser fiel á vuestro marido?

La hostelera trató de ruborizarse, aunque no pudo conseguirlo.

—Sr. D. Juan, un caballero pregunta por vos; dice que desea hablaros de un asunto de importancia, y suplica le dispenseis si os incomoda á una hora tan intempestiva.

—¿Y dónde está ese caballero? preguntó Don Juan admirado: ¿os ha dicho su nombre?

—No, á fé; ni aun ha querido bajarse el embozo. En el atrio está paseándose como un desesperado, pues no ha consentido en subir hasta aquí.

—¿Si será él? murmuró D. Juan entre dientes disponiéndose á bajar.

—¿Con que dices que espera en el atrio?

—Si señor; y por Dios que no debe ser muy aficionado á esperar.

D. Juan volvió á calarse el sombrero, y murmurando entre dientes, se presentó en la puerta de la calle.

El embozado dió dos pasos hácia él, y tosió para llamarle la atención.

—¿Sois vos el que con tanta urgencia desea hablarme? Y D. Juan llevó su mano á la empuñadura de su daga.

—No he venido á otra cosa, Sr. D. Juan; pero hacedme el favor de que nos retiremos un poco hácia las tapias de la iglesia, pues nos está iluminando la luna y tengo interés en no ser conocido.

Debemos advertir que el embozado, por medio de una hábil maniobra, en que D. Juan no podia sospechar, colocó á su interlocutor de espaldas á la puerta, tras de cuyos pilares estaban ocultos dos de los cuatro hombres que salieron de la hostería.

—¿Estamos bien aquí? preguntó D. Juan con impaciencia.

—Perfectamente, señor mío.

—Ea, pues, ya podeis empezar si tanta prisa teneis.

—Para probaros si vengó con urgencia, voy á no desperdiciar mi escaso tiempo.

—¡Ahora!..... gritó en alta voz echando dos pasos atrás y sacando velozmente su espada, cuya punta dirigió al pecho de D. Juan, pero sin herirle.

Al esclamar de este modo, salieron los dos hombres de su escondite: D. Juan, sin verlos aun, echóse tambien atrás para defenderse del embozado; pero este movimiento no sirvió mas que para acortar el camino á los que le asieron rápidamente de los brazos, mientras que el otro se apoderaba de sus armas.

Quiso gritar; pero una mordaza fuertemente aplicada á la boca, se lo impidió.

El judío iba poco á poco saliendo de su escondite y aproximándose al grupo.

El sacristán no perdía ningun incidente de tal escena.

—Ahora, señor guapo, preparaos á morir, le dijo Jacobo al caballero dirigiéndose hácia él daga en mano.

D. Juan quiso hacer un esfuerzo supremo, y de un violento empuje derribó un hombre por el suelo; pero la daga de Jacobo se abrió camino

hasta su pecho y cayó sin hacer ningun movimiento.

—Bastante tiene ya, dijo el maton sacando lentamente el arma homicida y limpiándola con la capa de la víctima, que no respiraba.

—¿Está muerto? preguntó Isaac sin acercarse aun al pobre caballero.

—Como mi padre, contestó Jacobo dando al cuerpo inerte un fuerte golpe con su pié descomunal.

—Ea, pues, llevaos vuestra gente, Jacobo; quiero quedarme solo con ese miserable.

—Sí, á fé, que pudiera llegar alguna ronda y hacernos pasar un mal rato.

—Venid mañana por la noche á casa del compadre, y hablaremos.

—Muchachos, fuera de aquí, dijo Jacobo dirigiéndose á los suyos, que empezaron á desfilar tranquilamente por la calle del Almendro, como si hubieran hecho alguna obra meritoria.

—Buenas noches, Sr. Isaac.

—Silencio y partid presto, contestó el judío á media voz.

—¡Ah! ya estoy solo!..... exclamó viendo desierta la plazuela. Despachemos antes que me sorprendan.

Y recogiendo el vestido para no mancharle con la sangre de D. Juan, se inclinó sobre él, sacando con cuidado del bolsillo de su capa la cajita negra donde suponía estar el medallon.

—Ya la tengo en mi poder. ¡Diablo!..... y lo que me cuesta el recuperarla.

Y se disponia á abrirla para cerciorarse de su contenido, cuando sintió sobre su hombro derecho una fuerte palmada y llegó á sus oidos el eco de una voz que le decía:

—Buenas noches, compadre Isaac.

Volvióse precipitadamente pálido como un espectro, y se encontró cara á cara con el sacristan.

—¡Cómo! ¿Qué quereis? habeis visto.....

—No hay que asustarse tanto, que la cosa no vale la pena, dijo el sacristan con su acento meloso.

El judío estaba casi cadáver.

—Tomaos la molestia de venir conmigo, prosiguió Lopez con el mismo acento de voz. Ya sabeis que, aunque sacristan, me hacen los muertos algun pavor, y este pavor se aumenta al pensar en los alguaciles de la ronda.

—Pero..... habeis visto..... preguntó Isaac siguiendo al sacristan que, agarrándole de un brazo, le conducia hácia la plazuela de la Paja.

—Todo lo he visto y lo he oido todo; pero serenaos, vuelvo á decir, que aun no ha llegado la hora de oír cómo crujen vuestros huesos en una hoguera.

El judío se estremeció.

—¡Noche de maldicion!..... murmuró entre dientes.

—¡Pobre caballero! decía el sacristan dirigiéndose á Isaac; ¡qué gesto tan terriblemente feo ha tomado al morir su rostro!

Así llegaron hasta la calle de la Almudena frente á santa María.

Allí se detuvo Lopez, é hizo detenerse al judío.

—Vamos á cuentas, Sr. Isaac: vos habeis hecho asesinar esta noche al muy noble caballero D. Juan de Mondejar, con el que, segun yo pensaba, os unian relaciones muy íntimas.

—¡Silencio!..... murmuró el judío volviendo la cabeza para ver si podian ser oidos por alguién.

—Nada temais, dijo el sacristan, la calle está desierta y de nadie podemos ser oidos. Hace dos horas ha entrado D. Juan en la villa, dirigiéndose inmediatamente á vuestra casa. Allí ha permanecido un buen espacio de tiempo, y salió despues con direccion á la hostería del Rojo. Yo le seguia, y así me hice el enconradizo en la plazuela de Puerta de Moros, cuando, escondidos en el quicio de una puerta, os vimos desembocar por la calle del Almendro, calado vuestro gorro y envuelto en los pliegues de una capa, asemejándoos mucho á la sombra de una persona de mala catadura. Yo he oido cuanto habeis hablado con Jacobo, y aun hubiera podido librar al caballero, que estaba esperándome en la calle, sin sospechar lo que contra él se disponia; pero habiendo muerto, hay un tunante menos en el mundo. Os he visto tambien inclinado sobre su cadáver lo mismo que un buitre hambriento, y sé que habeis guardado un objeto que D. Juan llevaba en su bolsillo. Ahora bien; para que nada me quede que ver, vais á enseñarme ese objeto.

—Pero advertid que..... murmuró el judío.

—Lo que debeis advertir vos, Sr. Isaac, es que vuestra miserable vida está en mis manos, y que tendria un placer singular, casi una fruicion en ver cómo os socarraban el pellejo. Enseñadme pronto ese objeto, ó por Nuestra Señora de la Almudena, que dentro de veinticuatro horas se ha de hablar de vos en la villa.

A pesar del melifluo acento del sacristan, habia cierta energía en sus palabras, que fué lo muy bastante para que Isaac, convencido plenamente de que Lopez no titubearia en denunciarle como el asesino del caballero, se apresurase á sacar la dichosa caja, que de Pandora fué para él, y ponerla en manos de aquel.

—¡Cómo!..... dijo luego que la hubo abierto. ¿Y por una caja vacia habeis cometido un asesinato?

—¿Vacía decís? interrumpió Isaac asustado.

—No, esperad, aquí hay un papel.

—Pero, ¿nada mas que un papel?

—Vedlo vos mismo.

—¡Dios de Israel!..... exclamó Isaac despues que se hubo cerciorado. ¡Vacía!..... luego el medallon ha desaparecido.

—¿De qué medallon hablais? preguntó Lopez.

—De uno que debia encerrar la caja, que hace dos horas estaba en ella.

—No puede ser, Isaac, yo no he perdido de vista á D. Juan desde que salió de vuestra casa, no obstante, cuando le dejé para ir á espiaros á la hostería..... en fin, leamos el papel por si podemos descubrir alguna cosa.

Y atravesó hasta la mitad de la calle que estaba iluminada por la luna.

Isaac le seguia sin saber lo que le pasaba.

—Leed, leed pronto, dijo al sacristan con temblorosa voz.

—Oid, contestó Lopez preparándose á leer.

«Lia no puede ser esposa ni manceba de D. Juan de Mondejar.»

—¿Eso dice? preguntó Isaac trémulo de espanto.

—¡Pardiez! leedlo vos mismo y os convenceréis.

El judío asió el papel y leyó; luego le dejó caer en tierra, y se puso á meditar.

—¿Entendeis algo de esto? le dijo el sacristan tirándole de un brazo.

—Sí, contestó Isaac con voz cavernosa; entiendo que el diablo está divirtiéndose esta noche con todos nosotros.

—¿Por qué decís eso, ó qué quereis decir con tales palabras?

—Solamente el diablo ha podido escribir esto y colocarlo en el medallon.

—¡Bah!..... murmuró Lopez rechazando con desprecio la diabólica idea.

—Es que vos no estais en antecedentes.

—Esplicadme algo de eso.

—Esta caja encerraba un medallon, y el medallon contenia el retrato de una mujer y un papel muy interesante para algunas personas. Cuando D. Juan ha estado en mi casa esta noche, me ha exigido esa alhaja, y yo me he apresurado á complacerle; vos no le habeis perdido de vista despues mas que breves momentos; pero no es probable, y si imposible, que en ese tiempo haya sacado D. Juan el medallon y colocado este papel en su lugar. ¿Os convenceis ahora?

—En efecto, dijo el sacristan pensativo; veo que teneis razon y que solo el diablo puede haber terciado en este negocio.

—¡Oh! maldito hombre! exclamaba el judío, me he perdido..... y sin embargo, es preciso recobrar ese papel.

—¿Qué papel? preguntó Lopez.

—El que ha desaparecido de aquí.

—¿Tanto os interesaba?

—Mucho, á fé; valia nada menos que una vida y una fortuna.

—En fin, retiraos á vuestra casa y haced lo que os diere gana; pero no olvidéis, Isaac, que la escena de esta noche ha tenido un testigo.

—¡Oh! Sr. Lopez! no me descubrais, y aun puedo hacer vuestra suerte.

—Bien, ya hablaremos de eso; hasta mañana.

Lopez hizo una seña de despedida y el judío tomó la direccion de su casa.

Así que le hubo visto desaparecer, leyó otra vez el papel en voz baja y le guardó en el bolsillo.

—Lia no será manceba ni esposa de D. Juan; ¡diablo!..... no parece sino que estas líneas están escritas por un profeta. ¿Quién habia de decirle al infortunado Mondejar que llevaba en su bolsa la sentencia de muerte? Por de pronto, ya hay un hombre, un enemigo fuera de combate..... y en cuanto á la niña..... quién sabe..... puede que se contente con un sacristan..... Pero ese papel que Isaac echa de menos..... es preciso saber lo que contenia ese papel..... sí, es preciso.

Al concluir este monólogo, se halló junto á la puerta escusada, por donde entraba á su habitacion de la torre: abrióla pausadamente y desapareció en la oscuridad.

Lopez necesitaba descansar.

La noche habia sido fecunda en aventuras.

(Se continuará).

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas,

Por J. CASTERA.

(Continuacion.— Véase el n.º 45).

Los demás círculos trazados en la brújula china, contienen los caracteres del cielo de sesenta años, por el cual aquella nacion regula su cronología, así como los demás caracteres análogos á su doctrina filosófica y mitológica, doctrina á la cual están tan agregados, que el conocimiento de la brújula es tan familiar á los que viven en tierra como á los que recorren los mares.

El emperador Caunglbee, antepasado del soberano que ocupa hoy día el trono de la China, tenia la costumbre de escribir sus observaciones á distintos sugetos; y habiendo acogido en su corte misioneros instruidos, no fué desatendido en sus opiniones filosóficas. Hé aquí lo que escribió con motivo de la brújula:—«He oido á los europeos decir que la aguja obedecia al norte. En nuestros anales mas antiguos se dice que se vuelve hácia el sur. Pero como ni los unos ni los otros se esplican la causa, yo no veo sino que hay mucha ventaja en adoptar una opinion de preferencia á la otra. Los antiguos son los primeros en fecha, y cuanto mas adelante voy, mas me convenzo de sus conocimientos relativamente á las operaciones y al mecanismo de la naturaleza. Además, como toda accion languidece y casi es interrumpida cerca del polo norte, es menos verosímil que el poder de la atraccion del iman venga de aquel lado.»

En los libros mitológicos de los chinos, que son la parte fabulosa de la historia de este imperio, se hace tambien alusion á las propiedades del iman. Se ha dicho que, bajo el reinado de Chin-Nong, un rebelde llamado Tchóo-Yoo, con la esperanza de escapar de sus enemigos y de confundirlos, habia encontrado el medio de crear á su gusto espesas nieblas y una profunda oscuridad; pero para prevenir el efecto, el emperador inventó una máquina que consistia en una figura que estaba de pié sobre un carro, y que tenia constantemente un brazo tendido hácia el sur, lo que puso á las tropas imperiales en estado de perseguir al rebelde y de vencerle.

El emperador Caung-Shée sabia muy bien que la aguja no mira siempre directamente al norte y sur, y que su declinacion no es ni la misma en todos los países, ni invariable en el mismo sitio. Pero la esfera de la navegacion china es demasiado limitada para que la esperiencia y las observaciones que se le deben, hayan hecho formar un sistema sobre las leyes que gobiernan la variacion del iman. El conocimiento de su polaridad general, basta para todas las necesidades que tienen los chinos, y sus investigaciones sobre la mayor parte de los sugetos parecen haber sido principalmente, pero de una manera circunscrita, dirigidos hácia la utilidad que inmediatamente podia resultar de una práctica seguida.

Bien pronto los pilotos chinos que se hallaban á bordo de las embarcaciones inglesas, se aper-

cibieron cuánto menos necesaria les era la perfeccion de la brújula á los atrevidos navegantes de Europa: porque los comandantes del *Lion* y del *Hindoustan*, confiándose á este instrumento, se alejaron de las costas y cinglaron directamente hácia alta mar.

El viernes 12 de julio, al principiarse la jornada náutica, el viento sopló de sud y de sud-este, y fué acompañado de espesas nieblas. El fondo cambió casi de repente de treinta y seis á diez y siete brazas: era de arena gris mezclada de negro. Los pilotos observaron que la escuadra estaba entonces frente por frente de la provincia china de Kiang-Nau, y que en la vecindad habia grandes bancos, cuya aproximacion se anunciaba por el fondo arenoso. Llegó por la mañana la niebla á ser tan espesa, que era imposible ver de un extremo al otro de la embarcacion. Es difícil esplicar por qué un mar poco profundo tiene casi siempre por encima de él una atmósfera nebulosa; pero esto sucede siempre así sobre el banco de Terra-Nova, y en los demás puntos donde hay poca agua.

La escuadra notó otro hecho, cuya causa quizás no es menos inesplicable. En los sitios donde el fondo estaba mas elevado, pero, sin embargo, cubierto de agua, apareció de repente, alrededor de las embarcaciones, enjambres de esas moscas que se llaman *dragones*, y cuando habia mas agua desaparecian.

Se hicieron todos los esfuerzos posibles para que las embarcaciones no se separasen durante la niebla: se tiraron algunos cañonazos, señal acostumbrada en casos análogos. A pesar de esto el *Hindoustan* se alejó del resto de la escuadra. Poco despues encontró tres grandes embarcaciones chinas, que, ya á propósito accidentalmente, se habian separado de la costumbre de navegar cerca de las costas.

Encontró en seguida una pequeña embarcacion de construccion europea. Un junco chino en los mares de Europa no habria ocasionado mas sorpresa si no se hubiera estado ya prevenido por un aviso de Macao, que antes que la escuadra arribara á las cercanías, los comisionados ingleses habian enviado á la mar Amarilla una embarcacion encargada de pliegos para el embajador. Este era el brick *Endeavour*, mandado por el capitán Proctor. Tenia á bordo un jóven que hablaba el español y el chino, y queria ofrecer sus servicios al embajador en calidad de segundo intérprete.

El *Endeavour* pertenecia á la Compañía de Indias inglesa. Conforme al plan seguido por aquella Compañía, que en medio de sus empresas comerciales se agregaba á favorecer las ciencias, aquel brick habia desde luego sido destinado á las órdenes del sábio capitán Mac-Chur, para hacer descubrimientos y observaciones en el gran archipiélago oriental, comprendido en esto lo que se llama mares de la China.

El *Lion* cingló al este del camino que seguia el *Hindoustan* y mas cerca, aunque no á la vista de la costa occidental de la peninsula de Corea, que de la Tartaria se estiende recto al sur. Por otro lado, la peninsula de Shan-Ting prolonga bastante en el este el continente de la China para reducir en este sitio la latitud de la mar Amarilla por cerca de cuarenta leguas.

El 15 de julio las dos divisiones de la escuadra navegaron con viento sur, acompañado de una

espesa niebla durante una parte de la jornada. Cuando aclaró el tiempo, el *Hindoustan* percibió una pequeña isla en forma de cono que el piloto dijo se llamaba Ka-Té-Noo. Al día siguiente vió la costa escarpada del promontorio de Shang-Tung, así como una pequeña isla en medio de esta costa. Allí por el resultado de muchas observaciones de la distancia de la luna al sol, se reconoció que la longitud era de 122°, 45' este; la latitud se halló al mismo tiempo de 35°, 10' norte. Desde allí gobernó el *Lion*, volviéndose al norte cuarto de oeste, hasta que llegó á 36°, 20' de latitud norte.

El 18 de julio, la isla que el *Hindoustan* vió al nord-este, fué vista por el *Lion* al nord-oeste, por lo que parecia que esta última embarcacion estaba mas al este. Toda la escuadra se reunió el miércoles 17.

El mismo día se descubrieron dos prolongaciones de tierra ó cabos, que con la isla de que acabamos de hablar, eran probablemente las primeras tierras reconocidas por embarcaciones, cinglando directamente del mediodía hácia el golfo de Pekin. En su consecuencia, el comandante de la expedicion creyó deber determinar la situacion con exactitud, y darle nombre.

El jueves 18 de julio sopló el viento casi siempre del este, y el tiempo fué nebuloso. Creyendo la escuadra haber pasado lo suficiente la peninsula de Shan-Ting, y habiendo doblado el extremo oriental de las costas de la China, gobernó oeste cuarta de norte. A media noche, llegó la niebla á estar tan espesa que se creyó deber ponerse á la capa. Al día siguiente por la mañana, se presentó el cielo perfectamente claro, la escuadra hizo vela hácia el oeste en linea paralela á la costa, de la que distaba de cinco á seis millas.

Se entró en una bahía profunda, donde se supo que los pilotos decian que era el puerto que ellos habian designado antes de partir de Chu-San, como propio para recibir la escuadra. Pero por medio del pueblo que la curiosidad habia traído á la orilla, bien pronto se descubrió que se estaba en la bahía de Ki-San-Sen, y que el puerto de Mi-a-Tan se encontraba en una isla mas avanzada quince leguas hácia el oeste; pero cuya latitud no estaba sino á algunas millas mas al norte.

La bahía de Ki-San-Sen era espaciosa y bien abrigada contra todos los vientos, excepto aquellos que reinan desde el este nord-este al este sud-este, porque la entrada de la bahía está en esta direccion. Ella está cerrada por el lado del norte por un grupo de diez ó doce pequeñas islas y de un gran número de gruesas rocas; y el continente le rodea de oeste al sur. Aquella bahía tiene por lo menos diez millas de estension de este á oeste, y casi otras tantas de norte á sur. Ella contiene dos puertos: uno se halla detrás de una punta escarpada, llamada Zen-a-Tan: tiene cuatro brazas de agua de profundidad, y la escuadra vió en él un gran número de embarcaciones chinas. El otro puerto era la embocadura del rio Ya-Ma-Tao y cubierto por una estension de tierra que se adelanta del lado sud-este de la bahía.

El gran número de juncos que se veian en casi todas las bahías de aquella costa, anunciaba los cambios considerables entre sus habitantes y los de otras provincias. No solo este comercio

abstraía muchos navegantes, y por consiguiente, aumentaba la población, sino que producía un movimiento, una actividad que no se nota ordinariamente entre los tranquilos, aunque industriosos agricultores.

La embocadura del río Ya-Ma-Tao se halla atravesada por una barra, sobre la cual no hay sino dos brazas y media de agua; pero en el mismo río hay cuatro ó cinco.

(Se continuará).

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR
D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuación.—V. el n.º 42).

El padre de Bavhabouti era un brahman, que pertenecía á esa ilustre raza cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos heroicos. — Su familia habitaba la provincia de la India, que conocemos hoy día bajo el nombre de el Décan, y que se encuentra al occidente de las altas montañas y los estensos bosques, que vertieron en el alma del joven poeta sus sombras majestuosas y sus terrores sagrados. »

XII.

Otro drama del Eschylo indio, Bavhabouti es una tragedia histórica y mitológica sobre el héroe semi-dios Rama. — Vamos á analizarla rápidamente, concretándonos á citar los fragmentos característicos del estilo del gran poeta. — Porque un solo dedo de los bajos relieves del Parthenon nos da una idea más exacta del genio de Phidias, que el más extenso comentario sobre la estatuaría.

La escena principia por un diálogo conyugal, comparable al *Cántico de los cánticos de Salomón*, entre el semi-dios Rama y su joven esposa Sita.

Un sabio interviene al fin del diálogo, y pasea á Rama y á la encantadora Sita en una galería de cuadros que representan su feliz infancia y los castos amores que habían precedido á su unión. Sita y Rama se estasiaban mutuamente ante las escenas que había reproducido el pincel.

«Días felices para mí, esclama Rama al aspecto de dichas pinturas, aquellos en que mi venerable padre existía aún, cuando la ternura de una madre cariñosa velaba atentamente por mí; sí..... todo era placer y alegría en aquella edad temprana..... Ved..... (prosigue señalando un cuadro). Hé aquí á mi joven esposa, la hermosa Sita, y á mi madre que se admira ante sus encantos..... La sonrisa vaga en sus labios; su boca entreabierta deja ver dos filas de dientes más blancos que los cálices de los jazmines; dos hermosísimas trenzas de cabellos, tan suaves al tacto como la seda, difunden sobre sus mejillas unas tintas dulces, como las del crepúsculo; y sus miembros elegantes por sus formas, y graciosos por sus movimientos, tienen la blancura y la flexibilidad de los rayos de la luna, cuando hieden los espacios ó cuando se deslizan sobre las olas del Océano!

— «Mirad este otro, le dice Sita; representa el

momento en que os pusisteis el vestido de penitente entre los santos cenobitas.»

— «Si, replica el héroe, esa vida llena de austeridad que adoptaban los antiguos reyes de nuestra raza para santificarse, cuando abdicaban su corona en favor de sus hijos, la hemos adoptado nosotros en la flor de nuestra edad, y hemos alcanzado la dicha de vivir en esos sagrados recintos que se elevan en medio de los bosques, y en los que hemos adquirido la sabiduría, bajo la tutela de maestros inspirados por los dioses.

» Llegamos juntos, continúa dirigiéndose á su querida Sita, á aquellos lugares que están como perdidos entre las montañas del mediodía de la India, y á orillas de los riachuelos que se desprenden de entre las rocas que habitan los santos anacoretas, que siempre tienen preparado un plato de arroz silvestre para obsequiar á sus huéspedes. ¿Recuerdas, amor mio, nuestra humilde y afortunada cabaña, que se elevaba al borde de un torrente que brillaba al través de las ramas cuando los rayos del sol herían sus espumosas vertientes? Eramos tan felices que no nos apercebíamos de que pasaba el tiempo con increíble velocidad.....»

En aquel momento otros cuadros que representaban los peligros de los que Rama ha salvado á su amante Sita, se ofrecen á sus ojos; y despertando sus recuerdos, les hacen derramar lágrimas que son deliciosas por el contraste que forman con su felicidad presente.

Rama y su esposa se retiran á un pabellón que hay en medio del jardín, y en él tiene lugar una escena de casto amor conyugal; pero las expresiones quemadas como el fuego consagrado que consume el incienso sin dejar ceniza. La Sulamita de la *Biblia* no tiene un arrullo de tórtola ni más santo ni más lánguido. El poeta indio aventaja á Tibulo en sus más hermosos versos; solo que es un Tibulo sagrado. La escrupulosidad de los idiomas modernos echa un velo sobre la expansión de ambos esposos.

Mientras que Sita duerme y balucea soñando con terror sobre el brazo del rey el nombre de su querido Rama, este contempla su sueño.

«Sueña que ya no estoy á su lado, esclama; ¡Oh! tal vez la vista de esas pinturas que representan las desgracias que han gravitado sobre nosotros, hayan turbado su espíritu..... ¡Ah! feliz el que tanto en la desventura como en la bienandanza puede contar con un cariño experimentado; entonces late el corazón con confianza junto á otro corazón amigo, en cualquier estado en que se encuentre el hombre; y aun en el declive de la edad, como en la flor de la vida, goza de las dulzuras de una unión que es su único consuelo!»

XIII.

Estando Rama saboreando dulcemente la inefable felicidad que el cielo le concede, entra un cortesano que con turbado acento le anuncia que el pueblo, irritado al ver su amor por Sita, se ha sublevado contra él, pidiendo á grandes voces que aleje de su lado á una esposa, que acusan de crímenes imaginarios. Después de un largo combate, Rama cede al deseo de su pueblo, y confía á Sita á un sabio anciano para que la conduzca al destierro. Su despedida es hermosa. «¡Deber cruel! esclama en su desesperación. ¡Soy un

barbaro! Sí, sacrifico á la esposa que me ha dado incesantemente nuevas pruebas de una ternura y una fidelidad eterna é incorruptible, como el dueño que mata á un pájaro, que le ha divertido mil y mil veces desde su prisión con sus trinos! ¡Querida Sita! no me retengas! déjame..... no estreches en tus divinos brazos á un hombre degradado por su crueldad. Si; ¡tú crees abrazar el árbol oloroso del sándalo, y no abrazas en realidad más que el arbusto venenoso que da la muerte! (Se desprende de los brazos de Sita).

» ¿Qué es la vida para mí desde hoy en adelante? Nada..... un peso inútil..... El mundo, un desierto espantoso, árido y abandonado..... ¡Ah! ¿dónde encontraré algún consuelo? El sentimiento me ha sido dado para que apure hasta las heces de la copa del dolor; en vano es que me resista, en vano es que luche contra él, porque se me presenta á cada paso. Manes gloriosos de mis antepasados, profetas y sabios, vosotros todos á quienes he amado y honrado con mis hechos, vosotros que habéis tenido para conmigo un tesoro de cariño y amistad, Hama celeste, tierra protectora y madre de los hombres, ¿hácia quién de vosotros puedo elevar mi voz? ¿qué nombre puedo invocar sin herir vuestra santidad? ¿No os estremeceriais al acento de mi voz, como nos estremecemos al contacto de un hombre desterrado de entre nosotros? ¿No rechazariais la plegaria del que destierra á su esposa, que es la honra de su casa, condenando á la más cruel desesperación á la que lleva en sus entrañas el fruto de su ternura, sacrificándola como víctima ofrecida, para apaciguar los genios de las tinieblas? (Se prosterna á los pies de Sita). Hija adorable del rey de Videha, permite que por la última vez sirvan tus pies de cabecera al desgraciado Rama!»

El segundo acto lleva al espectador después de un largo intervalo de tiempo al centro de un bosque habitado por anacoretas y por ninfas consagradas al culto de los dioses. Una de ellas presenta su tributo de flores al santo superior del monasterio.

«La sencillez del corazón, la sobriedad en las palabras, la modestia en la postura, la inocencia aun en los pensamientos, la pureza en la imaginación, y los afectos piadosos, son los que constituyen la virtud, dice el anacoreta al recibir el tributo de la ninfa.»

Esta pregunta al anciano cuál es la causa de la agitación que observa en la comarca habitada por los sabios.

EL ANCIANO.

¡Ninfa! voy á deciros los sucesos que turban nuestras piadosas meditaciones..... Dos niños traídos indudablemente por alguna divinidad á estos bosques, llegaron á nuestro recinto, distraiendo á los religiosos de sus graves y profundos estudios; y hasta los animales, al aspecto de esas misteriosas criaturas, mostraron su asombro y curiosidad en su actitud.

LA NINFA.

¿Cómo se llaman?

EL ANCIANO.

Llámanse el uno *Cousa* y el otro *Lava*: son los nombres que les había dado su nodriza celeste, y para prueba de que su origen no es humano, tenían á su lado armas divinas. El decano de los

sábios los adoptó, los crió, les hizo aprender el manejo de las armas, y cuando fueron mayores, les ciñó el cordon de la secta de los santos, y puso en sus manos las *Védas* sagradas.....

Además, otra causa aun nos ha distraído en nuestros piadosos estudios. Un día que se estaba paseando el sabio Valmiki por las apacibles riberas del Tamasá, vió á un cazador que hirió mortalmente á un pájaro que entonaba amorosamente mil deliciosos gorgoros, mientras que su compañera revoloteaba en torno suyo. Estremadamente afligido ante aquel triste espectáculo, el sabio dió suelta á su indignacion, é inspirado por la diosa de la elocuencia, espresó su pensamiento por un distico improvisado: — «Barbáro, no esperes que se prolongue tu existencia, tú, cuya mano acaba de dar una muerte tan cruel á un inocente pajarillo, que no pensaba mas que en el amor y en alegrar las márgenes de este rio con sus trinos.»

—Pero, repuso la ninfa, ¿dónde está Sita? qué le ha pasado desde que la condujeron al bosque? podeis decirmelo?

EL ANCIANO.

Lo ignoro completamente.

LA NINFA.

¿Y Rama, sabeis lo que hace? Tiemblo á cada momento no vaya quizá á contraer segundas nupcias con otra reina.

EL ANCIANO.

Lo juzgais muy mal: Rama ha mandado hacer la estatua de su querida Sita en oro, y no se separa de ella en todo el día.

LA NINFA.

¡Bien! guarda su fé! ¡Oh! qué difícil es conocer el corazon del hombre!..... ¡Qué de contradicciones se encuentran aun en los que pasan por los mas puros! Es incomprendible, y sin embargo demasiado cierto, el que una mano que se ejercita en el manejo del hierro homicida, pueda tener la delicadeza suficiente para palpar las aterciopeladas hojas de una flor, sin marchitarla con su contacto.....

EL ANCIANO.

Pero alejémonos: voy á servirlos de guía..... El sol está en medio de su carrera, y como calienta la atmósfera con sus ardientes rayos, preciso es el refugiarse bajo la sombra de los silenciosos cantores (1) de la pradera. Solo la tórtola es la que se atreve á entonar sus dulces murmullos, meciéndose entre sus mas copudas ramas. Su espeso y verde follaje da una sombra fresca y embalsamada, bajo la cual se reposan los elefantes apoyados en el tronco de algun árbol centenario, ó bien estienden sus trompas en el seno de aquella mansion encantadora, con las que hacen que se desprenda una lluvia de hojas, flores y capullos entreabiertos, que podria creerse era una ofrenda que prestaban al torrente sagrado, cuyas ondas, limpidas y puras como el cristal, se deslizan apaciblemente bajo aquella bóveda de verdura.

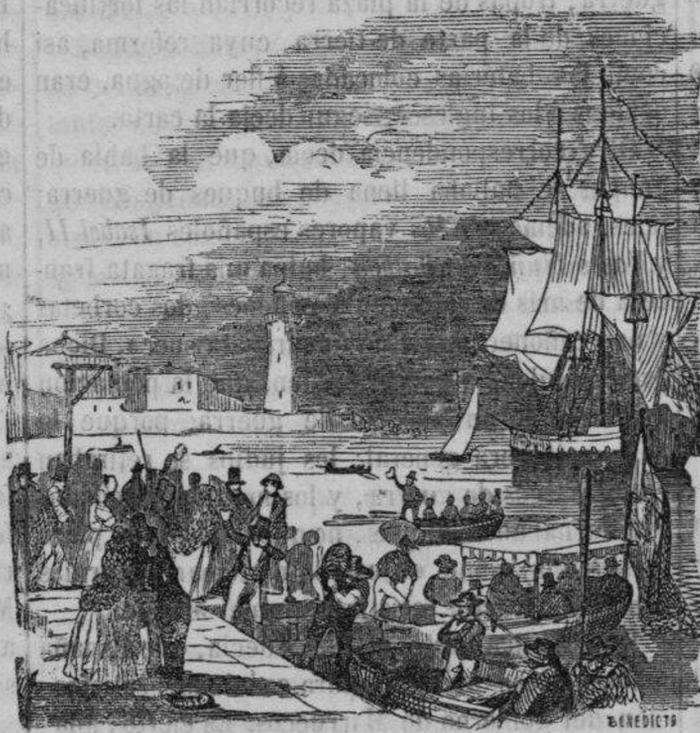
XIV.

Rama aparece montado en un carro de guerra

(1) Cantor de los bosques, árbol que se cria generalmente en la India. (Nota del Traductor).

con el sable desenvainado. Acaba de llevar á cabo una generosa hazaña, salvando la vida á un hijo de un bracman. Los religiosos celebran su gloria, hasta que por último reconoce, aun-

HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.



Embarque en Alicante de las tropas para Africa.

que confusamente, los sitios silvestres en que habia pasado su juventud con Sita.

«¡Qué! contemplo otra vez las grandiosas y venerables sombras de esos árboles que difunden en torno suyo una religiosa oscuridad, y en las que los torrentes que se precipitan de los vecinos montes, hacen que la tierra resuene y se estremezca á su impulso..... El tigre feroz, ó acecha su presa desde la montaña, ó se oculta en sus cavernas tenebrosas: la enorme serpiente se arastra sobre el césped, mientras que en su espalda matizada de mil colores se pasea el grillo cantando, y apagando su sed en las gotas de rocío que brillan en sus escamas. Un profundo y religioso silencio reina en el bosque, excepto en los sitios en que los arroyos se desprenden murmurando de entre las rocas, en que el eco de la montaña responde á los rugidos del tigre, en que las ramas estallan al ser presa de las llamas que chispean, mientras que en lontananza se estiende el incendio que propaga el fuego devorador á impulsos del vendaval..... Si, reconozco esta escena, y todo el pasado se presenta á mi memoria..... Esas terribles sombras no espantaban á Sita, cuando arrostraba con alegría los horrores del bosque sombrío, porque Rama iba á su lado. Era tal la intrepidez que la comunicaba su amor, que atravesaba el desierto con una alegría inmensa. ¡Qué riqueza puede desear un hombre que posee en la encantadora compañera de su vida, un sér que comparta sus penas y sus fatigas, y que por medio de un cariño inefable compense todos sus dolores!.....

»Lugares en que vivi tranquilo, continúa, adornados con todas las gracias de la creacion; secretas y hermosísimas guaridas de los tímidos pajarillos y de las temerosas gacelas; torreados que os perdeis bajo puentes de verdura salpicados de floridos abrojos que los ocultan á nuestros ojos..... ¡yo os reconozco! Por este lado, el confín del lejano horizonte dulcemente inclinado, y semejante á una línea de ligeras y bajas nubes, me indica la cima del monte Pravana, dó vive

el rey de las tribus aladas; por sus flancos escarpados se precipita un rio con inaudita impetuosidad..... Al pié de la montaña, y sobre la vertiente de aquel magnífico bosque, alzaban su frente altiva una infinidad de árboles sombríos, cuyas ramas, inclinadas sobre el lecho del rio, eran el albergue de los pájaros. ¡Cuán dulces eran sus cantos! Allí tambien estaba nuestra cabaña silvestre..... Al otro lado, la mansion de la hermosa Vasanti, que era la tierna amiga de Sita, al par que la complaciente ninfa de estos antiguos bosques. ¡Ay! cuán distinta es mi suerte presente de lo que era en aquellos tiempos! Hoy, triste y solitario, me consumo lentamente en una viudedad prematura, mientras que el pesar derrama en mis venas un mortal veneno. La desesperacion como una flecha cruel que se hubiese introducido en mi corazon y que no pudiera arrancarla, va taladrándome el pecho inhumanamente..... ¡Quién pudiera engañar al tiempo y perder el recuerdo de mis dolores, al mirar estos lugares que me son tan queridos! Ellos tambien han cambiado. Allí, por donde se deslizaba el rio, se estiende hoy una ribera cubierta de musgo; aqui, donde los árboles se alzaban como para rechazar la

luz del día, vése en el día una llanura que inundan los rayos del sol..... Apenas puedo creer que este sitio sea el mismo; sin embargo, ¡siempre aquellas poderosa barreras se elevan en los aires limitando el paisaje; siempre las mismas montañas confunden sus azuladas cumbres con el azul del firmamento!»

Por estas pintorescas descripciones de la opulenta y majestuosa naturaleza de la India, rica en árboles, en ondas y en animales, se ve que el sentimiento del paisaje en la poesia, y el de la melancolia en el alma, no son, como se dice, invenciones recientes de nuestra poesia; sino que desde la mas remota antigüedad el corazon del hombre y la obra de Dios sentian y se espresaban con la misma fuerza.

XV.

El compañero de Rama le indica el camino que tiene que seguir, en términos no menos poéticos.

«Nuestro camino está por este lado..... Hé aqui el soberbio Cronchavat: en los sombríos ribazos de sus flancos cubiertos de árboles, graznan los cuervos y gime el buho, mientras que en sus soñoras cavernas, resuena el agudo silbido del viento.

(Se continuará).

HISTORIA ILUSTRADA

DE LA GUERRA DE ÁFRICA

CONTINUACION

DE LA CUESTION DE MARRUECOS.

Las noticias de Tánger llegadas á fines de octubre último, presentaban á la plaza en un estado de inquietud y de consternacion indecibles. Segun una carta escrita al periódico sevillano la *Andalucía*, por su corresponsal de Gibraltar, habian emigrado á este último punto muchos moros bien acomodados, judios y una gran parte de los

Europeos residentes en Tánger: esta emigración estaba causada por la presentación de más de dos mil beduinos bien armados, que saqueaban el país, y que se temía entrasen en la plaza, la cual, á pesar de haber sido reparadas sus fortificaciones, como ya dijimos anteriormente, no parecía hallarse en estado de poder resistir los ataques de las hordas beduinas. Además de esto, el gobierno del Sultan, irritado indudablemente por la actitud enérgica de la España, había retirado sus últimas proposiciones; el comercio creía inevitable ya la guerra, y muchas familias de los principales negociantes se embarcaban para diferentes puntos, y principalmente para España. Los cónsules europeos residentes en la plaza se hallaban dispuestos á retirarse á los buques de sus respectivas naciones, tan pronto como se supiera de cierto que iban á romperse las hostilidades. El temor de la población no era solo á las tropas españolas, sino á las tropelías que pudieran cometer las tribus inmediatas á la plaza. La parte judía de la población era la que tenía mayor temor, por ser tal vez la mejor acomodada. Los judíos componen en Tánger la tercera parte de la población, y disfrutan el privilegio de no estar encerrados en un barrio separado: el único idioma que hablan, además del árabe, es el castellano; sus casas están amuebladas á la española, y, esceptuando las diferencias relativas al rito religioso, sus costumbres son completamente españolas. Aun en medio de los árabes componen una nación aparte, que tiene su organización y legislación peculiar, y solo en caso de delitos comunes dependen de la autoridad del bajá, á quien pagan, á título de contribución para Sultan, una cantidad determinada que reúnen entre ellos por medio de una distribución en conformidad con la fortuna de cada familia, pero tan sumamente módica, que no llega á dos reales anuales por alma. Tienen libertad de culto en las sinagogas; pero están despreciados y obligados á demostraciones tan humillantes de respeto, como la de tener que arrastrarse de rodillas para hablar al bajá, y descalzarse al pasar por delante de las mezquitas. No pueden comprar esclavos, montar á caballo, ni usar armas; y necesitan un permiso especial para salir del Imperio, estando obligados además á dejar en rehenes su familia hasta su regreso. Se diferencian de los árabes en el aseo de su persona y en cierto cuidado en su traje, que consiste en general, en un albornoz de paño y una especie de saya de seda que resalta en medio de la suciedad y aspecto miserable de la población. Las calles de esta son estrechas, súcias y mal empedradas: en las puertas de las casas se exhala un olor repugnante; las gentes que circulan por ellas son de aspecto desagradable; van envueltas generalmente en jaiques cenicientos, con las piernas desnudas, con la cara amarillenta y enjuta, la barba erizada y súa, los ojos hundidos y la mirada penetrante; se arrastran con el pié medio calzado de anchas babuchas de cuero amarillo, y son más parecidos á espectros que á hombres.

Cartas de Tarifa anunciaban también, que muchos europeos y judíos residentes en Tánger, habían llegado á Tarifa á bordo del vapor *San Quintín*: dichas personas contaban, según decía la carta, que el bajá de Tánger les había aconsejado que se pusieran en salvo, pues dentro de la

plaza estaban en peligro. Los moros montaraces habían quemado las posesiones de los europeos que estaban en las afueras de Tánger: en dicha población debían entrar tres mil moros rifeños, y esperaban además al emperador con otros cuatro mil. Los habitantes de la población temían la guerra; tropas de la plaza recorrían las fortificaciones de la parte de tierra, cuya reforma, así como las baterías colocadas á flor de agua, eran debidas á los ingleses, según decía la carta.

Otra correspondencia decía, que la bahía de Tánger se hallaba llena de buques de guerra; pues, además de los vapores españoles *Isabel II*, y *Vasco Nuñez de Balboa*, había una fragata francesa de más de cincuenta cañones, dos corbetas y una cañonera inglesa y una fragata sueca. Dicha correspondencia decía también, que la población iba tomando un aspecto de guerra, porque la emigración era general; los judíos se retiraban en los barcos de guerra, y los moros acomodados se internaban en el país, no quedando en la plaza más que la gente en estado de tomar las armas y preparada para resistir cualquier ataque.

El periódico inglés el *Times* decía, que España tenía motivos legítimos para exigir una satisfacción del gobierno de Marruecos. Es cierto, añadía, que Francia tiene grande influjo sobre España; pero es falso que el general O'Donnell sirva en la actualidad de instrumento á Napoleon. Cualquier ataque por parte de Francia contra la independencia de Marruecos produciría graves reclamaciones de toda Europa; pero ni España ni Francia piensan hoy atentar á esa independencia. La Inglaterra, decía al concluir, puede dejar á España que obre con libertad y de ese modo la cuestión terminará bien pronto.

La *Patrie* de París decía respecto á esto, que Inglaterra se resigna á esta guerra, porque la Europa ha reconocido la justicia que asiste á España, y porque la Francia la apoya con sus simpatías.

El *Norte* de Bruselas publicaba una correspondencia de París que decía lo siguiente: «La cuestión de Marruecos preocupa mucho al gabinete inglés. Lord Palmerston ha tenido una conversación muy animada con el conde de Persigny, en la cual el ministro inglés se quejó amargamente de que España no hacía más que buscar pretextos para hacer la guerra á Marruecos; que el gabinete de Madrid tenía miras ambiciosas que desbarataría la Inglaterra; que esta no podía tolerar que España ocupara los dos lados del estrecho de Gibraltar, y que Inglaterra se hallaba decidida á oponerse á ello por la fuerza. Lord Palmerston terminó declarando que el gabinete inglés hacía de la cuestión de Marruecos una cuestión europea.» Este lenguaje del primer ministro ha causado cierta sensación en las Tullerías; pero no cambiará en nada su política. Un despacho del general O'Donnell considera la guerra de Marruecos como inevitable. Por su parte, el gobierno francés pone sus fronteras argelinas en estado de rechazar todo nuevo ataque de las tribus marroquíes. Ya habeis visto la importancia del cuerpo de ejército francés organizado en las fronteras del oeste de Africa. En Tolon se activan con ardor los preparativos marítimos para esta nueva expedición.

El señor conde de Castellá, que se hallaba en Tánger á fines de octubre último, escribía al pe-

riódico el *Estado*, elogiando mucho al representante de Inglaterra en dicho punto, al mismo tiempo que presentaba como un modelo de astucia, malicia y mala fé, al ministro de Marruecos. En prueba de ello ponía en boca del moro las frases siguientes acerca de las reclamaciones de España. —«¿Saludar al pabellón de Castilla?—Lo harémos cuantas veces nos deis pólvora para ello. ¿Castigar á los que han insultado las armas de España ante los muros de Ceuta?—Os entregaremos cuantos moros queráis para cortarles el cuello, y los irémos cogiendo por el camino, pues aquí son todos culpables; y en Marruecos un moro vale menos que una gallina ó un huevo. ¿Nos concederéis terreno ante Ceuta y Melilla?—Cuanto queráis; pero ni el vuestro, ni aun el nuestro, ha sido jamás respetado.»

Según el *Gibraltar Chronicle*, en Tánger se aseguraba por moros á quienes se creía bien informados, que el gobierno francés había manifestado al Sultan que los franceses no se mezclarían en la contienda pendiente entre España y Marruecos, pues consideraban prudente el dejar á los españoles que dieran sus batallas por sí solos.

El 25 de octubre, nuestro cónsul general, señor Blanco del Valle, llegó á Algeciras con todos los dependientes del consulado y varias familias que habían querido libertarse de las consecuencias de la guerra.

El cónsul de Tánger en Sevilla, moro establecido en dicha ciudad, se ofreció á servir de intérprete á nuestro ejército expedicionario, habiendo manifestado además, que desea servir á España en esta ocasión, porque en España han nacido todos sus hijos, y porque en ella posee todos sus bienes y afecciones. Sería imposible referir las repelidas ofertas de acompañar al ejército expedicionario, hechas por diferentes jefes y oficiales, algunos de ellos retirados del servicio hacia ya años. Estos rasgos de patriotismo se vienen repitiendo desde los primeros días que siguieron á la declaración de guerra; pero no han sido solo los militares los que han dado prueba de ese noble deseo de acompañar á nuestras tropas, sino que empleados civiles, estudiantes y hasta sacerdotes, han pedido al gobierno ser enviados allí: los unos para compartir las fatigas de los soldados, y los otros para proporcionarles los auxilios de la religión.

Los franceses, entre tanto, enviaban nuevas tropas á Argel, y los periódicos del Africa francesa daban cuenta detallada de la marcha del ejército que iba á castigar á las tribus rebeldes. El país se iba tranquilizando, aun cuando los moros montañeses seguían armados, y habían enviado á sitio seguro á sus mujeres y á sus hijos. El cadí de Ouchda y el scheik de los Beni-Suassen trataban de entrar en arreglos, alegando la amistad de los Sultanes y el respeto de las fronteras que habían violado hacia poco. El general en jefe del ejército francés mandó despedir á los emisarios enviados por ellos sin darles respuesta alguna.

Las cartas de Gibraltar daban cada día nuevos detalles sobre la llegada de los que emigraban de Tánger: en pocos días habían llegado trescientos ochenta y uno. El gobernador de Gibraltar había hecho sacar cincuenta tiendas del almacén militar del departamento, para dar un abri-

go á los mas pobres, que no habian podido alojarse en la ciudad. Los judíos habian celebrado una junta para atender á las necesidades de aquellos infelices.

Se decia por aquellos dias que el distinguido general Zebdi habia llegado á Tánger desde Rabat con el fin de tomar el mando de las tropas del gobierno marroquí en aquel punto.

El gobierno español continuaba mandando tropas de infantería y caballería, y nuevas fuerzas de artillería, organizando además los trasportes del material de guerra, y nombrando los empleados de diferentes ramos que deben acompañar al ejército. La mayor parte de las ciudades de España continuaban dando muestras de satisfacción al ver que el gobierno iba á emprender las operaciones contra Marruecos: una de las poblaciones que mas se distinguieron en estas pruebas, fué Jaen, donde el dia que se recibió la noticia oficial de la declaracion de la guerra, la poblacion entera apareció iluminada como por encanto, sobresaliendo en gusto y profusion de luces, la catedral, el palacio episcopal, y las casas del Ayuntamiento, que ostentaban vistosos transparentes, trofeos y alegorías. Una banda militar distrajo agradablemente en la plaza á la multitud que circulaba por todas partes, gozosa y tranquila.—(El grabado representa el embarque en Alicante de tropas destinadas á Africa).

Al periódico la *Discusion* le escribían desde Ceuta, dándole cuenta de la llegada del vapor transporte *General Alava*, que conducia parte del vino destinado á la tropa de la plaza. La medida de repartir vino á la tropa de la plaza habia sido muy bien acogida, porque las aguas de muchos puntos de Africa son bastante insalubres.

La noticia de que el general O'Donnell iba á ponerse al frente de las tropas, habia causado un verdadero entusiasmo, porque todos los militares le juzgan hombre capaz de mantener vivo el espíritu de las tropas y conducir las con gloria á la lucha. Tanto los soldados como los jefes se hallaban animados del mas vivo entusiasmo y ya nadie pensaba en la paz.

Los periódicos extranjeros seguían ocupándose con preferencia de nuestra cuestion con Marruecos. Según la *Patrie* de París, los diarios ingleses se mostraban muy recelosos de la expedición española á Africa, y aunque no negaban á España el derecho de vengar su honor, temen que vaya demasiado lejos, y que al marchar contra Marruecos lastime los intereses de la Inglaterra. El *Morning Chronicle* de Londres usaba un lenguaje muy violento. Marruecos, decia, es dueño del Mediterráneo, y Tánger uno de los puntos mas importantes de este Imperio. Nuestra dominación en estos mares estaria en peligro, si una potencia europea se posesionase de las costas de Africa septentrional. Protegiendo á Marruecos, nos protegemos á nosotros mismos. España es hoy nuestra aliada; pero si mañana fuera dueña de Tánger llegaria á ser nuestra enemiga. Este artículo terminaba diciendo que si España perjudicaba los intereses de Inglaterra, esta puede, á su vez, darle un golpe mortal con la toma de Cuba. Un despacho telegráfico de Londres recibido posteriormente, decia que la prensa estaba mas templada, en vista de la actitud tomada por la España, y que la mayor parte de las personas sensatas hacían justicia al gobierno es-

pañol. Se decia también que se habian comunicado órdenes á los comandantes de los buques de guerra surtos en las aguas del Estrecho para que se limiten á ser fieles espectadores de lo que ocurra entre España y Marruecos.—(El grabado representa la escuadra inglesa en el estrecho de Gibraltar).

Según noticias de Tánger, parece que con el fin de evitar la considerable emigración de los habitantes de aquella plaza, las autoridades marroquíes habian impuesto severas penas á los judíos que abandonasen el territorio, contándose entre otras, la confiscación de sus bienes y la prision de sus familias. El gobierno español, por su parte, según decia el *Constitucional de Cádiz*, habia dispuesto que á los judíos, refugiados á consecuencia de la guerra, en Algeciras y Tarifa, se les ayudara con dos reales diarios por individuo.

Se sabia también por comunicaciones particulares, que en Tánger continuaban trabajando en las fortificaciones y que habia gran desorden hasta dentro de la misma plaza.

Los gefes destinados á tomar parte en la expedición iban saliendo sucesivamente de Madrid. Entre los que habian marchado, ya se contaba á los generales Zabala, Ros de Olano, Turon y Quesada.

El estado sanitario de las tropas era bastante bueno.

M. A. DE ERRO.

DE LA GUERRA EN ÁFRICA

POR

EL GENERAL YUSUF.

Á NUESTROS LECTORES.

Como todo lo que hoy se refiere á la guerra de Africa tiene un interés de actualidad que nadie puede desconocer, empezamos á insertar desde el número de hoy el interesantísimo folleto escrito en francés por el general YUSUF, y del cual se han agotado ya en París dos ediciones en muy pocos dias. Es cuanto elogio podemos hacer sobre la oportunidad de la publicación de esta obra en los momentos actuales.

DEDICATORIA.

A la señora Mariscal Bugeaud d'Isly.

Señora Mariscal:

Nadie se admirará de que os dedique un libro titulado: DE LA GUERRA EN AFRICA: vuestro nombre mismo justifica este homenaje. Todo cuanto he aprendido, todo cuanto sé como soldado, lo debo al mariscal Bugeaud: á él habria dedicado esta obra si la muerte no hubiese arrebatado á la Francia su mejor capitán, y uno de sus mas grandes ciudadanos. Lo dedico, pues, á su viuda. Si vuestro hijo debiese entrar un dia en la carrera de las armas, permitidme que espere le pongais á la vista este libro, donde hallará en cada página el recuerdo de su padre. En cuanto á vos, señora mariscal, solo deseo que

halleis en él una nueva prueba de mi eterna gratitud al hombre ilustre bajo cuyas órdenes tan orgulloso estoy de haber tenido el honor de servir.

EL GENERAL YUSUF.

DE LA GUERRA EN AFRICA.

Hace veinte años combato bajo la bandera de Francia; ¡le he consagrado mi espada y mi vida! Me atrevo á esperar que esta adhesión y los pocos servicios que he prestado á mi país, me dan derecho de tratar á mi vez la cuestion de la guerra de Africa.

Gracias á una conquista emprendida noblemente, y proseguida con valor, Africa pertenece hoy á Francia. Nuestros soldados no pueden hallar mejor teatro para agüerrirse, nuestras poblaciones un desahogo mas útil, y la actividad nacional un terreno mas magnífico. Pero importa no conservar este imperio sino por medio de los menores sacrificios posibles.

Se quejan sin cesar del dinero que cuesta á Francia nuestro establecimiento africano. En sentir de ciertas gentes, la guerra que debia haber terminado, dura aun, y se admiran de que los árabes no se hayan sometido completamente.

¡Conociendo desde mi infancia el carácter de los árabes, digo que tenemos ante nosotros una raza casi indomable, que no debe esperarse atraigamos á nuestra civilización, á nuestras costumbres y á nuestros hábitos, sino despues de muchos años! En vano se me objetará que nosotros les llevamos la civilización; nuestra civilización, á sus ojos, es lo que nosotros llamamos su barbarie.

En efecto; el trabajo es la primera necesidad de los pueblos del Occidente; los hombres de Oriente solo sueñan con el reposo.

El árabe, sóbrio, contentándose con poco, prefiere su tienda á nuestros mas bellos palacios. Desdeña nuestras artes, nuestra industria. Desde las edades bíblicas no ha cambiado; sus costumbres, y hasta su traje, han quedado inmutables. En fin, no siente ninguna de las necesidades de un pueblo civilizado; y cuando le tratamos de bárbaro, se conduce de nosotros; quiere vivir y morir como vivieron y murieron sus padres.

Este mismo fanatismo prueba que los árabes no se han sometido; se han domado solamente por nuestras 75,000 bayonetas, y se han visto detenidos en su impaciencia de sublevación, convencidos de que otros batallones no vacilarían en pasar el Mediterráneo si se trataba de ahogar nuevas insurrecciones. En una palabra, podemos sujetar á los árabes bajo nuestro yugo; pero se apresurarán á aprovecharse de cualquiera ocasión para sacudirlo.

Así es que el dia en que Francia llamase á una parte del ejército de Africa, esta noticia, que se esparciria con la rapidez del rayo, seria la señal de un vasto incendio que no tardaria en abrasar á las tres provincias. Abd-el-Kader no lleva consigo ni el genio árabe, ni el odio que profesan á los cristianos los sectarios del Corán. ¡La chispa permanece oculta bajo la ceniza, y solo bastaria un soplo para reanimarla!

Despues de la partida del mariscal Bugeaud, la Argelia descansaba en una seguridad profunda. Esperábase que despues de las numerosas es-

pediciones que hollaban el país hacia diez y nueve años, había llegado al fin el día en que árabes y kabilas comprendieran que en cada una de sus rebeliones, nuestras columnas solo les llevaban la desolación y la muerte. La última campaña del ilustre mariscal parecía habernos abierto la puerta de Bougie, la puerta de tierra, la buena, como decía el duque de Orleans, cuando en el invierno de 1849 se supo en la Argelia que había estallado una insurrección en el seno de las tribus del círculo de Bougie. Gracias á las vigorosas disposiciones tomadas por el gobernador general, al entusiasmo de nuestras tropas y á la energía de sus jefes, el orden fué restablecido; pero poco faltó para que nos viésemos obligados á enviar una columna á la Mitidja, como en 1845 y 1846.

El resultado ha probado á todos que habíamos hecho inmensos progresos, porque las provincias de Argel y de Oran, que enviaron parte de sus tropas mas escogidas para la expedición de Zaatcha (donde se hallaban once mil hombres), permanecieron en la mayor tranquilidad. Los convoyes de Constantina á Bathua, de Medéah á Aboghar, de Aumale á Couzada, y aun los de Setif á Bougie, que pasaban por el corazón de la gran Kabila, iban por do quiera sin que nadie les inquietase. Esto consistía en que los árabes estaban persuadidos de que mas de 60,000 bayonetas podían, á la primera señal, dirigirse sobre todos los pueblos amenazados.

Así, pues, afirmo sin temor de ser desmentido, que pedir hoy la reducción del ejército de Africa, sería pedir el abandono de todo el interior para ceñirse á la ocupación del litoral: ¿de qué hubiera servido entonces tanta sangre vertida, tanto dinero gastado en pura pérdida, y tantas fortunas comprometidas?

Por otra parte, no se puede pedir que Francia conserve eternamente en Argelia el mismo efectivo, y el estado de nuestra hacienda exige que se piense desde ahora, y de un modo serio, en poner un término á sacrificios que no podría soportar mucho tiempo.

Entre la reducción inmediata, que sería la ruina de Argelia, y la prolongada conservación del efectivo, que sería una carga demasiado pesada para el presupuesto, propongo un término medio, conservando al mismo tiempo de una manera absoluta toda nuestra conquista. El sistema de ocupación que yo veía desarrollar, lo había sometido yo hace algunos años al mariscal Bugeaud, que, al mismo tiempo que aprobaba completamente mis ideas, no había hecho mas que una objeción, y era que no creía fuese posible su realización inmediata. Desde esa época la situación del país se ha modificado singularmente, y estoy convencido de que el mariscal no pondría ya hoy la objeción de la oportunidad.

A cada instante pueden estallar insurrecciones; pero creo, después de una larga experiencia y de un conocimiento profundo de los árabes, que un buen empleo de nuestras tropas y prudentes disposiciones tomadas de antemano, pueden hacer abortar toda tentativa de sublevación. Se ha notado que, bajo las diversas dominaciones que han dominado á la Argelia, jamás ha habido una insurrección del Tell ó de la Kabila. En esta última comarca ha habido algunas, pero han sido enteramente locales; nunca se han propagado

fuera, y su acción ha permanecido siempre comprimida. Así, el ejemplo de muchos siglos nos prueba que todos los levantamientos vienen del Sur. A los que me objetasen las insurrecciones del Dahra ó del Ouaarenciz, y aun las de los Flitos, les contestaría que estas no habrían tenido lugar, si los habitantes, ó mas bien los chérifs, no hubiesen tenido en perspectiva el Sur, que continuamente ha estado sirviendo de refugio á los hombres del Tell, y á los que se han puesto en hostilidad con sus gobernantes.

El Sur es, pues, el foco ordinario de las insurrecciones: ¿cuál es ahora el medio de reprimir las, ó mas bien de ahogarlas en el momento que nacen? Voy á tratar de indicarlo.

Sería preciso organizar cinco columnas móviles, mandadas cada una por un coronel: cada columna se compondría del modo siguiente:

- 2,000 bayonetas,
- 500 caballos,
- Una sección de artillería de montaña,
- Idem del tren de equipos militares,
- Idem de los zapadores de Ingenieros,
- Una ambulancia completamente provista.

Cada columna, compuesta de 3,000 hombres, recorrería el país en las zonas que voy á indicar:

La primera columna operaría entre Tébelsa y los oasis de Biskara;

La segunda, entre este último punto y Bouzada;

La tercera, entre Bouzada y El-Laghout: esta, que sería la columna del centro, tendría á un frente un capitán general, cuyo mando se extendería á las demás columnas.

Colocaría la cuarta entre Laghouat y Stitten, y, en fin, la quinta entre Stitten y Zebdon.

(Se continuará.)

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

La luz, la vista y los instrumentos ópticos.

ARTÍCULO PRIMERO.

Séneca ha dicho hablando de la vista, que es entre todos los sentidos el menos indispensable para la vida material, siendo en cambio el que mas contribuye á la felicidad y encanto de la misma. Un autor alemán, de reconocida autoridad científica, proclama que la luz es el primer elemento que en la tierra posee el hombre, puesto que le permite aislarse del mundo esterior y apreciar las formas de sus detalles mas íntimos, y estudiar las relaciones de todos los objetos que en el mismo existen. Colores, formas, hermosura, íntimas y sorprendentes relaciones que la ciencia descubre, así en los astros que brillan en el cielo como en los átomos que se evaporan, lo propio que en los materiales que constituyen la capa del globo que habitamos; todos esos magníficos espectáculos que atestiguan la existencia de Dios, y que cautivan y sorprenden así al sabio como al ignorante, no existen para quien no goza de la luz; nada son para el infeliz que vive en completa oscuridad. La instrucción, esa luz de la inteligencia, que eleva al hombre sobre los demás seres vivientes, por mucha que sea su importan-

cia, no es comparable á la de la vista, que viene á ser el órgano esencial y distintivo que traza la línea que separa á la planta del animal.

Antes de ocuparnos de la estructura del órgano en el cual reside el sitio de la visión, ó sea del fenómeno que origina que la luz emitida ó reflejada por los cuerpos produzca en aquel órgano la sensación que indica la existencia de la luz, espondremos algunas consideraciones que estimamos interesantes, porque servirán para explicarnos, bajo un punto de vista científico, hechos y fenómenos interesantes.

Por todos es sabido que en el mundo esterior, los cuerpos, la materia, ó sea la sustancia que constituye á esta y á aquellos, ocupa cierto espacio del mismo: si pudiésemos comparar la parte ocupada por los cuerpos con el espacio total en que se encuentran colocados, es indudable que para apreciar su magnitud nos valdríamos de dicha comparación; pero en la imposibilidad de efectuarlo, nos es indispensable acudir á unidades de magnitud conocida, para formarnos una idea de la extensión de los cuerpos. Así decimos, por ejemplo, que un árbol mide quince *pies* de longitud, por sernos conocida la unidad longitudinal denominada *pie*, y porque la magnitud de los objetos guarda relación con la unidad, á la cual los comparamos, y con la magnitud que de los mismos objetos nos es dado apreciar. Si el árbol, al cual nos contraemos, en lugar de encontrarse tendido en el suelo, se hallase en *pie*, sería mucho mas difícil apreciar su longitud, siéndonos aun mas difícil, ya que no imposible, si la distancia á que nos encontrásemos del árbol fuese considerable, puesto que su magnitud sin cambiar realmente, irá pareciéndonos tanto mas pequeña, cuanto mas distantes nos encontremos del árbol que como ejemplo hemos aceptado. Es pues indudable, que si queremos inspeccionar mas detalladamente un objeto, ó distinguir de una manera mas perfecta las partes de que consta, será de todo punto indispensable aproximarle cuanto nos sea dable á la vista.

La ley que acabamos de asentar, que sirve de base, como no tardaremos en esplanar, á la mayor parte de los instrumentos y aparatos ópticos, reconoce en su aplicación ciertos límites; pues es hecho evidente, que todos podemos comprobar, que si acercamos demasiado los objetos á la vista, nos será imposible verlos distintamente, como nos lo es igualmente cuando se hallan en demasia alejados de aquella. La razón de este hecho reside en la organización de la vista, y si queremos que en las dos suposiciones anteriores nos sea dable vencer los límites á los cuales nos hemos referido, es preciso acudir al empleo de aparatos ópticos que modifiquen diversamente la estructura de la vista. La ciencia con sus continuados progresos, ha encontrado medios para que el hombre acerque á su vista objetos lejanos que no podría examinar sin su auxilio por encontrarse á larga distancia, y para aumentar la magnitud de otros, que tambien le sería imposible estudiar, porque tendría necesidad de aproximarlos á la vista mas que el límite hasta el cual la estructura de ella le permite ver de una manera distinta.

En la serie de estas *Lecturas*, nos ocuparemos de la construcción de los aparatos ópticos, á los cuales nos hemos contraído; pero para demostrar

de una manera palpable los principios que nos han ocupado, seguiremos estendiendo otras consideraciones.

Admiten varios autores que la vista del hombre puede ver distintamente hasta 8 pulgadas de distancia: sentado este dato, si la ciencia le procura un lente que le haga aseguible el examinar un cuerpo á la distancia de cuatro pulgadas, dicho cuerpo nos parecerá de magnitud doble; si puede examinarlo á solo dos pulgadas, aquella será 4 veces mayor, y visto á una distancia de un décimo de pulgadas, su magnitud será 80 veces mayor que en el primer caso. Es decir, que, segun estos datos, los objetos irán aumentando á proporcion que disminuya la distancia que los separa de la vista. Pues bien; si por medio de combinaciones que en otros artículos nos ocuparán, ha podido el hombre construir instrumentos, que gracias á su disposicion, aumentan sucesivamente la imagen de los objetos ya aumentados de antemano, fácilmente podemos esplicarnos, cómo ha conseguido a ciencia estudiar, con el auxilio del microscopio, la íntima estructura de la naturaleza, reconociendo hechos de inmenso valor y fenómenos fisiológicos de interés universal. Las ciencias médicas, la química, la mineralogía y la geognosia, deben al descubrimiento y á la aplicacion del microscopio, muchos de sus progresos.

Gracias al instrumento del cual nos ocupamos, se estudia la vida infusoria, las formaciones geológicas, las composiciones químicas, abriéndonos las páginas maravillosas de la vida de esos millones de seres que la vista no puede apreciar por sí sola, y en cuyas páginas se encuentra el mismo encanto, la misma sabiduría y el enlace, concierto y armónico conjunto, que Galileo, Kepler, Newton, Herschel, Arago y otros sábios han descubierto en el mundo infinito de las masas enormes que brillan y se mueven en el espacio.

El telescopio, ó sea el instrumento que poseen las ciencias para estudiar los objetos lejanos, y en particular los astros, es otro de los aparatos admirables de cuya construccion nos ocuparemos. A medida que se ha ido perfeccionando su combinacion, el hombre ha podido estender sus investigaciones y recorrer esos espacios, en los cuales se mueven tantos soles y estrellas, que la vista confunde á causa de las enormes distancias que los separan, distancias que los números no aciertan á espresar. Atraídos los astrónomos por el encanto de sus estudios, y deseosos de comprender las relaciones que existen entre las magnitudes y composicion de los astros, han construido telescopios colosales: el de Rosse, en Irlanda, cuenta seis piés de diámetro, y su longitud es aproximadamente de sesenta piés: paredes de setenta y dos piés de longitud y de cincuenta de altura sostienen el magnífico telescopio de que tratamos, cuyo peso es de 15,000 kilogramos, y cuyo valor se aproxima á 1.200,000 rs.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Parece cosa resuelta la formacion del congreso europeo para mediados del mes próximo; en esta cuestion se hallan ya de acuerdo, segun se dice,

las grandes potencias. Dicese además, que hasta la reunion de ese congreso, no publicará el papa el *memorandum* de que tanto se ha hablado estos días.

El *Monitor* de Turin habla de una entrevista que deben tener el rey de Cerdeña y Garibaldi, y se da gran importancia á este hecho, pues en esa entrevista deben ponerse de acuerdo sobre las cuestiones de la Italia Central.

Se han recibido nuevas noticias de la India, desfavorables á los ingleses. Las tropas no pueden atajar las insurrecciones, que, vencidas hoy en un punto, levantan mañana la cabeza en otro, fatigando á los soldados ingleses en estériles marchas y penosos movimientos. Estas son las noticias últimamente recibidas de Calcuta. A pesar de esto, la Inglaterra no desiste de su propósito de vengar en la China la afrenta y el descalabro recientemente sufrido en las costas del Celeste Imperio por sus fuerzas navales. A este fin se habian dado las órdenes oportunas para que los buques destinados á esta expedicion se dieran á la vela el 2 del corriente.

Un corresponsal de París anuncia que el emperador Napoleon ha dirigido al rey de Cerdeña una carta autógrafa, conteniendo el siguiente programa del Congreso europeo.

- 1.º Confederacion italiana bajo la presidencia del papa.
- 2.º Restauracion del duque de Toscana.
- 3.º El ducado de Módena dado al duque de Parma, en cambio de una parte de sus Estados.
- 4.º Mántua y Peschiera fortalezas federales.
- 5.º Reformas, unidad de bandera, moneda y comercio.

Escriben de Roma á la *Gaceta de Florencia* que corria el rumor de que el papa iba á dar un *motu proprio*, con largas concesiones.

Continua hablandose del proyectado enlace de Víctor Manuel con la joven princesa María de Rusia, residente hoy en Niza, y á donde debe volver este invierno S. M. el rey.

Dicese que las potencias del Norte se hallan en la mas perfecta inteligencia en cuanto á la cuestion de Italia.

El gobierno inglés ha manifestado á las demás naciones sus simpatías por Italia, y su deseo de que no sea ocupada por tropas extranjeras.

La atencion general está fija en París en la carta que Luis Napoleon ha dirigido al rey Víctor Manuel; documento que el *Morning-Post* considera como el programa del gobierno francés. El periódico británico aprueba su contenido, y añade que con semejantes bases la Inglaterra asistirá al congreso que debe reunirse en Bruselas. ¿A qué se reducen, no obstante, esas bases? A la mera confirmacion de los famosos preliminares del no menos famoso tratado de Villafranca.

De Breseia escriben á la *Lombardia* que el ejército del duque de Módena, fuerte hace algun tiempo de 4,000 hombres, ha quedado reducido á 2,100. Cuando á los soldados se les dió la órden de marchar á Pádua, ó se trató de internarlos, se negaron á obedecer, y la desercion se ha apoderado de sus filas. Así, pues, corria bastante acreditado por toda Italia el rumor de que el duque Francisco V abandonará sus derechos sobre Módena, mediante una indemnizacion.

Segun escriben de Berlin, el resultado osten-

sible de la entrevista del emperador de Rusia y del principe regente de Prusia, es marchar unidas las dos naciones en la cuestion italiana.

La *Patrie*, periódico semi-oficial de París, dice que el papa ha cesado al fin de oponer resistencia á las reclamaciones de reformas presentadas por la Francia; y añade que estas disposiciones del Santo Padre resolverán una de las mas serias dificultades de la cuestion italiana. El espresado periódico, después de dar esta noticia, estampas las siguientes notables líneas:

«Los periódicos llamados *religiosos* no hacen mencion de esta noticia, á pesar de su importancia. Es verdad que al guardar silencio sobre este punto, se dispensan de esplicar lo que sucederá con las manifestaciones y las profecías de los malaventurados defensores del poder temporal del papa, en presencia de esta determinacion del soberano pontifice.»

El nuevo gran visir nombrado por el Sultan no ha aceptado el poder sino á condicion de que no habrá ejecuciones capitales por la conspiracion recientemente descubierta en Constantinopla. El Sultan ha accedido á esta condicion. En dicha capital se hablaba de reformas á que el clero musulman hace una viva oposicion.

Se dice que Fuad-Bajá será reemplazado por Ethen-Bajá, á consecuencia de no estar acordes con él todos sus colegas. En Bucharest han ocurrido turbulencias, porque los partidarios de Guitra y los demócratas quieren un principe extranjero. Una manifestacion popular ha sido dispersada á tiros, y muchos de los jefes han sido presos.

Escriben de Florencia que el retraso que se advierte en el arreglo definitivo de la cuestion de Italia, tiene los ánimos inquietos y apagado el entusiasmo. La asamblea toscana habrá sido ya convocada.

Decididamente, la Inglaterra forma parte del congreso europeo encargado de negociar la paz, sin condiciones de ninguna clase.

El hecho que fija estraordinariamente la atencion del mundo diplomático, es la carta que ha escrito, segun hemos dicho, Luis Napoleon al rey Víctor Manuel, aferrándose en ella á los consabidos preliminares. Este documento es, en la general creencia, un verdadero programa presentado al futuro Congreso por el emperador de los franceses. Habrá, pues, segun parece, restauraciones á medias, concesiones á medias, satisfacciones á medias, y por lo tanto, una paz tambien á medias.

Segun noticias de Nápoles, la fuerza de las circunstancias ha hecho que el general Filangieri falte á su propósito de retraimiento, encargándose nuevamente de la presidencia del Consejo. Hablábase en Nápoles de disminuir el ejército de observacion reunido en la frontera.

La prensa moderada de Inglaterra, y particularmente el *Morning-Herald*, órgano reconocido de los torys, prorrumpe en injurias contra la Francia, á consecuencia de la carta del emperador á Víctor Manuel.

La llegada estos días á Turin, del general Garibaldi, ha desviado en aquella capital la atencion publica que estaba fija en la modificacion ministerial; puesto que sin duda ha debido mediar un gran motivo para llamar de improviso al espresado caudillo, porque en el momento en que las tropas del general Planelli avanzan cada vez

mas en el Abruzzo Ulterior, intentando pasar la frontera, la presencia de Garibaldi en Rimini es mas necesaria que nunca.

Por lo demás, aunque viaja de incógnito, ha recibido en las estaciones del camino de hierro de Bolonia, Módena, Parma y Alejandria, inequivocas pruebas de simpatía y aprecio.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

—Por real decreto publicado en la *Gaceta* del 4 del corriente, ha sido nombrado general en jefe del ejército de Africa el señor presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra, D. Leopoldo O'Donnell y Joris, conservando los altos cargos que en el dia ejerce. Por el mismo real decreto, se autoriza al mencionado general en jefe para dictar cuantas medidas juzgue conducentes al mejor desempeño de su mando, proponer la concesion de cualquiera gracia en favor de las altas clases y recompensar desde luego, sobre el campo de batalla, hasta la de coronel inclusive.

—Durante la guerra de Africa, el territorio de la Peninsula é Islas Baleares se dividirá en cinco grandes distritos militares.

El primer distrito comprenderá las capitánias generales de Castilla la Nueva y Valencia, mandadas por el capitán general D. Manuel Gutierrez de la Concha, marqués del Duero; el segundo, las de Cataluña, Aragon é Islas Baleares, bajo el mando del teniente general D. Domingo Dulce y Garay; el tercero, las de Andalucía, Granada y Estremadura, mandadas por el teniente general D. Manuel Pavía, marqués de Novaliches; el cuarto, las de Castilla la Vieja y Galicia, bajo el mando del teniente general D. Atanasio Aleson, conde de la Peña del Moro, y el quinto, las de Navarra, Provincias Vascongadas y Búrgos, bajo el mando del teniente general D. José Marchesi y Oleaga, pudiendo no obstante reunirse dos distritos bajo el mando de un solo general si las circunstancias lo aconsejan. Las anteriores disposiciones, de carácter transitorio, no alteran, aparte de lo comprendido en ellas, la existencia y funciones ordinarias de las capitánias generales.

—Han sido aprobadas las siguientes disposiciones:

1.^a Queda abolido en las aduanas de Puerto-Rico el 2 1/2 por 100 de recargo que actualmente pagan las procedencias de puntos no productores. 2.^a Los buques españoles que conduzcan efectos recibidos en las posesiones extranjeras inmediatas á Puerto-Rico, adeudarán en los puertos de esta isla el 21 y 27 por 100, en lugar del 23 y 29 que ahora satisfacen. 3.^a Las disposiciones anteriores no empezarán á regir hasta 1.^o de enero de 1860. 4.^a Queda subsistente en favor de las procedencias extranjeras de puertos productores la rebaja de 6 por 100, así como todas las demás reglas del arancel vigente que no se opongan á esta resolucion.

—El dia 29 de octubre quedó aprobado en el Congreso el presupuesto ordinario y extraordinario de ingresos para 1860.

—De real orden se ha dispuesto que los jefes y oficiales de todas las armas é institutos del

ejército destinados á Filipinas, y los que de allí regresasen á la Peninsula, puedan, sin previa autorizacion para ello, verificar su viaje por la via del istmo de Suez, sin que se altere el orden y costumbre establecidos en el dia en cuanto al abono de pasaje y pagas de embarque.

—De real orden se han suspendido los exámenes de aspirantes para el ingreso en la carrera pericial de Aduanas hasta que vuelvan á ser necesarios, escluyéndose de esta medida los que tienen presentada ya solicitud, y los que habiendo sido examinados, tienen derecho á volverlo á ser dentro de seis meses por no haber obtenido nota de aprobacion.

—En la sesion del Congreso del dia 30 de octubre quedaron aprobados sin discusion todos los artículos del proyecto de ley remitido por el Senado, relativo á la reforma de los Estatutos de la real orden de san Fernando.

—En la sesion del Senado del dia 3 de noviembre se aprobó definitivamente el proyecto de ley de Sanidad militar por 83 bolas blancas contra 8 negras.

—S. M. ha sancionado la ley llamando 50,000 hombres para el ejército y reserva.

—Se ha aprobado el proyecto de un viaducto de la linea de Tudela á Bilbao, y el de un puentevía de la linea de Alar á Santander.

—Se ha mandado abonar á la empresa del ferrocarril de Córdoba á Sevilla una subvencion de 585,308 rs.

—El ayuntamiento de Sevilla ha obtenido la solicitud que tenia presentada para llevar á cabo un empréstito de diez millones de reales con destino á obras públicas.

—Se ha constituido en Barcelona una junta de personas de posicion para la reunion de subsidios en favor de los heridos en la guerra de Marruecos.

—El dia 28 de octubre quedaron en estado de bloqueo efectivo, por el competente número de buques de la marina real, los puertos y fondeaderos de Tánger, Tetuan y Larache en las costas de Marruecos.

—Las partidas de ladrones que infestaban alguna parte de Andalucía, han desaparecido completamente.

—Se acaba de establecer en Málaga una agencia destinada esclusivamente al servicio de equipajes, la cual ofrece completa seguridad á los viajeros en la conduccion de los mismos, prontitud en su despacho y grande economia en los gastos.

—Han sido aprobados últimamente por la junta correspondiente mil cincuenta expedientes de subastas de bienes nacionales, las cuales han ascendido á 38.596,400 rs.

—En la subasta celebrada el dia 4 del corriente se ha vendido el solar de la Puerta del Sol, señalado con la letra J, en la cantidad de 1.208,488 rs.

—Decia un periódico que no habria bailes en la temporada presente con motivo de la guerra; pero podemos asegurar que en la opinion del bello sexo, los bailes son necesarios; pues multitud de industriales viven de ellos. Así es que recibirán los domingos, la señora condesa de Montijo; los martes, la Sra. de Barrot, embajadora de Francia; los miércoles, la Sra. de Osma; los jueves, la Sra. de Buchanam, embajadora de Inglaterra;

los viernes el señor ministro de Prusia, y los sábados, el banquero D. Daniel Weisweiller.

JUAN DEL CORREO.

CRÍTICA TEATRAL.

TEATRO DEL CIRCO. — LA CAMPANA DE LA ALMUDAINA, drama histórico en tres actos y en verso, original de D. Juan Palau y Coll. — La Teodora, — Valero. — TEATRO DE NOVEDADES. — LA VÍRGEN DE LA MONTAÑA, drama en tres actos y en verso, arreglado á la escena española, por los Sres. Carralon y Lozano. — TEATRO DE LOPE DE VEGA. — LA LÁPIDA MORTUORIA, drama en tres actos traducido del francés, por D. José Maria Garcia. — TEATRO REAL.

El teatro del Circo ha conseguido al fin rehabilitarse á los ojos del público, y salir del estado de marasmo en que yacía, poniendo en escena el drama en tres actos *La Campana de la Almudaina*, primera produccion del jóven D. Juan Palau y Coll. Saludemos ante todo con júbilo la aparicion de este nuevo campeón, que, armado de todas armas, se presenta en el estadio dramático demandando un puesto de honor; saludémosle, puesto que sus armas son tan de buena ley, y están tan bien templadas, que desde su aparicion ha sabido colocarse entre los primeros adalides, salvando todos los obstáculos, y conquistando la plaza que de derecho le corresponde.

Ahora pasemos á ocuparnos de la produccion con que este jóven escritor se ha dado á conocer.

Titúlase, como hemos dicho, *La Campana de la Almudaina*, y su accion tiene lugar en las Islas Baleares, por los años de 1363, durante el reinado de D. Pedro IV de Aragon, llamado el del Puñal. Los principales personajes de esta notable obra son: Centellas, gobernador de las Baleares; doña Constanza, y su hijo D. Jaime, que, prisionero en Barcelona por el rey D. Pedro, consigue escaparse de esta ciudad. No paremos mientes en el modo, algo inverosímil por cierto, con que Jaime, disfrazado de trovador, busca y encuentra á su madre poniéndose á cantar debajo de los balcones de esta, y continuemos: doña Constanza, que ha hallado á su hijo, guarda bajo su amparo á una pobre huérfana, llamada Isabel, y la cual no es otra que una hija de Centellas, á quien este profesa un cariño profundo. El público lo advina así desde las primeras escenas del drama. D. Jaime, que tiene derechos al trono de Aragon, se ve perseguido por los parciales de D. Pedro, y al ir estos á apoderarse de él, su madre le facilita la fuga, quedando con este en que el sonido de una corneta le anunciará que está en salvo; la misma señal debia anunciar al gobernador Gilabert de Centellas la prision del rebelde. Oyese, en efecto, la señal, y ambos se regocijan, creyendo han conseguido su objeto. Así concluye el primer acto, dejando al espectador interesado en alto grado en la suerte de D. Jaime. El acto segundo tiene lugar en el palacio del gobernador Centellas: este recibe un pliego del rey, en el que le manda dé muerte á la madre y al hijo si consigue apoderarse de ellos. Doña Constanza acude al palacio del gobernador á pedir á este la vida de su hijo, prisionero en el castillo. El amor

de madre vende á Constanza, y Gilabert de Centellas conoce entonces la verdad. Cumpliendo como leal va á apoderarse de la madre, al mismo tiempo que en la ciudad estalla una rebelion en favor del hijo. Centellas manda á sus soldados que den muerte á D. Jaime tan pronto como escuchan el sonido de la campana de la Almudaina, cuya cuerda da á su propia habitacion. Acuden los rebeldes al palacio, el feroz gobernador ase la cuerda, y la infeliz madre se interpone á fin de impedir el sonido de la fatidica campana, que anunciará la muerte de su hijo. Los rebeldes se han retirado. Doña Constanza fija su atencion en uno de los retratos que adornan las paredes del palacio del gobernador, que no es otro que el de la madre de la huérfana Isabel, y la cual se halla ahora entre los amotinados. Llama por la ventana á uno de estos, y le recomienda que no pierda de vista á la hija de Centellas, mandándole que la mate tan pronto como oiga el sonido de la campana de la Almudaina. Centellas á su vez, presa de la misma angustia que há poco hiciera sufrir á la pobre madre, lucha entre su lealtad y el amor que tiene á su hija. Constanza entonces le provoca, y en esta doble situacion, de un gran efecto dramático, concluye el acto segundo. En el tercero, donde tan difícil es de sostener el interés despues de las escenas que tan profunda impresion hacen en el público, continúa, sin embargo, la misma ansiedad. ¡Admirable privilegio del talento, que sabe encadenar á su antojo el ánimo del espectador, y que le lleva de sorpresa en sorpresa hasta un término ilimitado! El gobernador se decide al fin á cumplir como su deber le ordena, é intenta sacrificar á su hija antes que los rebeldes se hayan apoderado de su prisionero..... Va á sonar la campana fatal..... la cuerda viene al suelo sin haber tocado..... porque pocos momentos antes uno de los parciales de Centellas le ha hecho traicion, ha subido á la torre y ha cortado la cuerda. Vuela el gobernador á tocar la campana..... ya no era tiempo: D. Jaime estaba libre, y la hija de Centellas tambien. Hé aquí á grandes rasgos el argumento de esta obra, que desde luego revela en el autor un gran talento dramático, y un conocimiento de la escena, nada comun por cierto, tratándose de una primera produccion. Verdad es que el principal resorte que juega en este drama, le hemos visto usado en la escuela francesa, y sobre todo en los dramas de Bouchardy, que tienden á producir un gran efecto en una situacion dada, sacrificándolo todo á la verdad; de otro modo, por ejemplo: ¿cómo es posible que una madre se atreva á dar la señal de muerte para su propio hijo nada mas que por vengarse, como sucede en el drama que nos ocupa? Empero estos lunares y otras inverosimilitudes, que en gracia á la brevedad no apuntamos, se ven oscurecidos por una brillante versificacion, y por mil rasgos de verdadero talento que campean en cada escena de la obra que nos ocupa. El público le hizo justicia, saludando con verdadero placer la aparicion de un nuevo autor dramático, que, á juzgar por su primera obra, promete enriquecer la escena con joyas de verdadera valía. En la ejecucion hubo de todo. Los únicos que descollaron, y que tuvieron momentos de verdadera inspiracion, de esa inspiracion artística que solo es dado poseer á los grandes actores, fueron la Teo-

dora y Valero, sobre todo en el final del acto segundo, y en todo el tercer acto. Lástima que las facultades físicas de estos dos eminentes actores vayan decayendo lastimosamente, hasta el extremo de tener que apelar en las grandes situaciones dramáticas á gestos y escenas mímicas que desvirtúan y falsean la verdad. Tambien quisiéramos que el Sr. Ortiz abandonase esa especie de declamacion en tono bíblico (y permitasenos la frase), que ha adoptado desde que hizo el profeta Daniel en *Baltasar*, y que parece dispuesto á no dejar por ahora. La Srta. Tenorio nos pareció bastante natural en el papel de Isabel; los demás actores contribuyeron poniendo cuanto estaba de su parte para el buen éxito del drama. Las decoraciones propias, y la escena servida perfectamente. El autor y los principales actores fueron llamados al proscenio á la conclusion de los actos segundo y tercero.

En el coliseo de Novedades se ha estrenado un drama en tres actos, que no ofrecia novedad alguna, puesto que el público habia visto ya esta obra convertida en zarzuela. En efecto, *La Virgen de la Montaña*, que es el título del drama, no es otra cosa que la ópera cómica de Scribe, *La Sirena*, estrenada hace tiempo en el teatro del Circo bajo este mismo nombre. *La Virgen de la Montaña*, sin embargo, está muy bien versificada. De la ejecucion no queremos hablar, porque..... *peor es meneallo*.

El teatro de Lope de Vega nos ha dado últimamente el drama en tres actos, arreglado á la escena española por el apreciable actor de este teatro D. José María García, con el título de *La Lápida mortuoria*. Su argumento es muy sencillo. El padre de una jóven que acaba de morir, llega al seno de su familia despues de diez años de ausencia. Pocos momentos antes de su llegada se presenta en la casa una pobre huérfana que tiene la misma edad y el mismo nombre de la que ha muerto. Engañado el padre por esta doble coincidencia, toma á la jóven por su hija, á cuyo engaño contribuyen la madre y el hermano por temor á la desesperacion del padre, hasta que en la última escena se presenta un lapidario con la cuenta de la lápida mortuoria que se le habia mandado hacer para la tumba de su hija. El pobre padre conoce entonces la horrible verdad, bendiciendo á Dios, sin embargo, porque al arrebatarle una hija, le ha concedido otra que será tambien la esposa de su hijo. Este sencillo argumento da lugar á mil incidentes, manejados de mano maestra, es decir, como sabe hacerlo Alejandro Dumas, padre, que es el autor del original francés. El arreglo está hecho con mucha conciencia, y el éxito que obtuvo este drama fué bastante lisonjero. Apresurémonos á decir que gran parte de este éxito fué debido á su admirable desempeño por parte del eminente actor don Julian Romea, y de su discipula la Srta. Berrobiano. La Sra. Carrasco y el Sr. Olona no desdijeron del cuadro. Tambien vimos con gusto que el traductor se reservó el modesto papel del lapidario. A la conclusion fueron llamados á la escena los actores, y aplaudidos por la escogida concurrencia que ocupaba las localidades.

La última ópera que se ha cantado, ó mas bien, que ha habido conatos de cantar en el Régio coliseo, ha sido el *Elixir d'amore*. ¡Pobre maestro Donizeti! y qué mal parado le han dejado en

esta ocasion los Sres. Pavani, Róvere y el baritono, de cuyo nombre no queremos acordarnos! ¡Dediquemos un doloroso recuerdo á la memoria del gran maestro, y apresurémonos á salir de este teatro para no ser testigos de tal profanacion!

M. GARCÍA GONZALEZ.

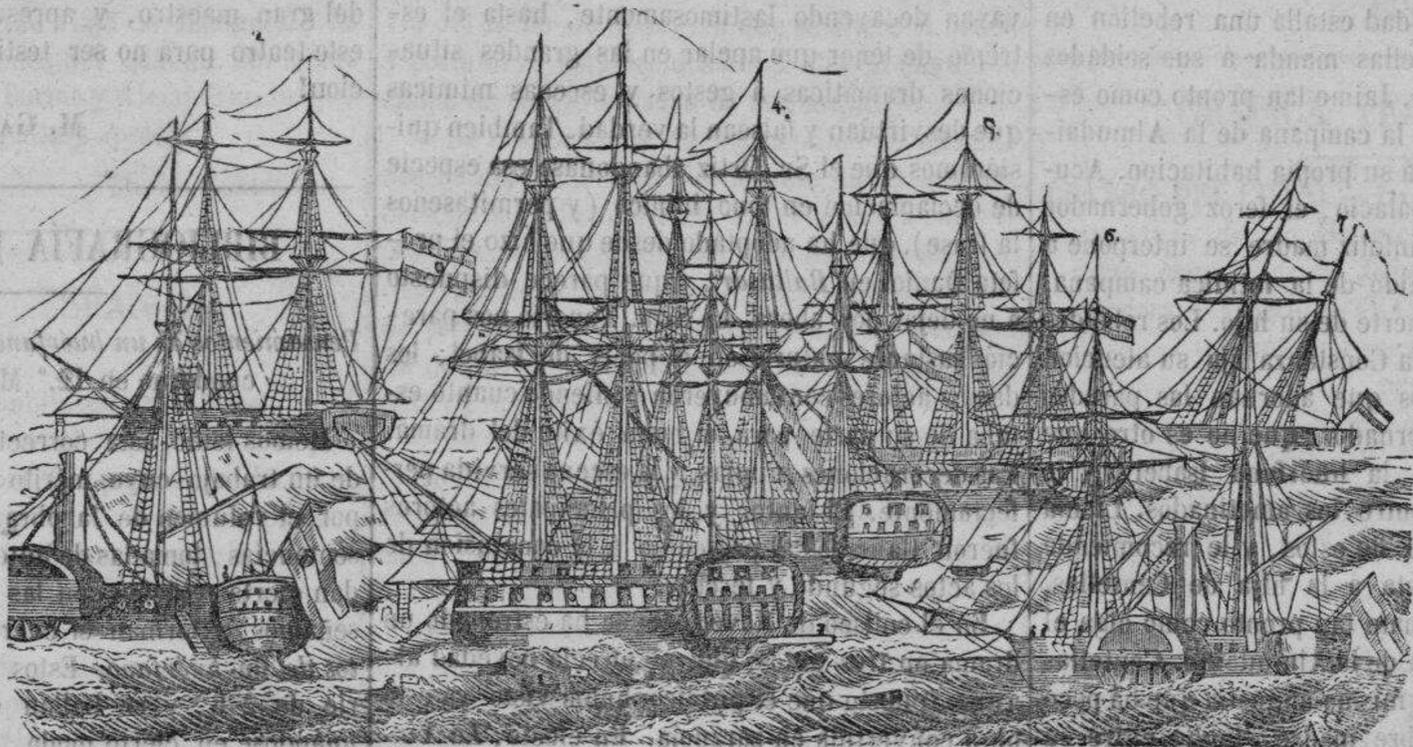
BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Pensamientos de un huérfano, obra original. Un cuaderno en 12.º Madrid, 1859.

Hemos leído esta correcta y primera edicion de un trabajo cuyo mérito no puede graduarse por el volúmen de la obra. Principia por unas sentencias, tomadas de autores varios, que guardan cierta relacion con las del anónimo que reseñamos, y forman el cuerpo de los *Pensamientos de un huérfano*. Estos constituyen en una serie de 276, y se hallan encadenados, continuándose en cierto modo, unos con otros en el sentido moral ó intelectual que encierran. El contenido de sus reflexiones nos parece altamente moral, y aunque, como lo reconoce el mismo autor en una de ellas, apenas sea dable hoy dia ostentarse original del todo, se leen muchas que abren nuevos horizontes á la actividad del espíritu; que despiertan nuevas ideas, dormidas antes acaso en el letárgico sueño de la pereza; que suscitan sentimientos nuevos, antes encubiertos por la noche misteriosa de la degradacion moral. En medio de todo, parécenos pudiera aconsejarse el autor que, tratando de consagrarse ulteriormente á semejante forma parenética, hiciera por economizar el uso de metáforas atrevidas, que si bien están llenas de oportunidad y enérgica expresion para personas especialmente ejercitadas en el cultivo del pensamiento, no permiten que este sea lo bastante claro y comprensible para el vulgo de los indoctos. Porque existiendo, con efecto, la mayor necesidad de la ilustracion y moralizacion en las clases mas desheredadas y numerosas, se hace necesario hablar tambien á su razon y á su moralidad, aproximando en lo posible la idea superior á su percepcion débil y distraida. Mas, en lo general, el libro no puede menos de ser recomendable á todo el que estime y acoja con gusto el buen empleo y ejercicio de las facultades intelectuales.

El constituir este trabajo una variedad de máximas, que, aunque en cierto enlace por su naturaleza, son pensamientos sueltos, nos hace entrar en algunos pormenores de su contenido. Los párrafos 77, 78, 79 y 80, entre otros muchos, ofrecen las siguientes máximas, referentes á la mujer, y que no desmerecen del espíritu moderno, que juzga á la mas sensible y afectuosa de las criaturas, y dicen así: «Toda idea es sensata en la mujer, si no se la deja tiempo para gobernarla.» «La mujer tiene innato en su alma el principio de lo conveniente, de lo justo, y en su debilidad, el no poder sostenerlo por mucho tiempo.» «Lo mas esencial que debe aprender una mujer, es á guiarse por su corazón.» «De todas las hermosuras, la mas agradable para amar, es la del corazón de la mujer.» Y el 83 dice: «Mujer, que razona mucho, tiene virtud de conveniencias.» El 88 contiene una sentencia alegó-

HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.



Escuadra inglesa en el Estrecho de Gibraltar.

Fica, llena de poética sensibilidad: « ¡Cómo place la rosa de la hermosura cuando se mece en su tallo de inocencia! » Y lo mismo el 98: « ¡Cuán bello es el árbol del amor, si la flor de la inocencia corona sus tallos! » El 95 encierra una alta verdad: « La sociedad, mirada a vuelo de ave, parece el asilo de la iniquidad. Solo observando con atención, se advierte la virtud que se ahoga, el genio que se asfixia. » Entre los pensamientos mas sencillos, y por lo tanto accesibles, figura el del párrafo 43: « Un joven está educado cuando razona sin pasión. » Y es altamente práctico el del 45: « El egoísmo calumnia a la desgracia para dispensarse de compadecerla. » Y el del 38: « Los poderosos suelen llamar orgullo a la dignidad de ser mas razonables que ellos. » Chistoso y verdadero es el del párrafo 37: « Las virtudes de un epitafio y las flores de un sepulcro suelen estar hechas a mano. » En suma, los límites naturales de un anuncio razonado, no nos permiten seguir paso a paso al autor en su variada gnomología, ni poder decir que hemos presentado mas que algun que otro fragmento, no tanto como lo mejor, sino como lo que a un golpe de vista, y sin escoger, nos ha merecido una pronta apreciación. Solo añadiremos que los últimos pensamientos son bastante extensos, y corresponden mas bien a un tratado sistemático de moral ó política, y que alguna vez se notan dichos que encierran mas artificio retórico que meditada verdad, como el del párrafo 197: « La vida es un capricho de la suerte con los accidentes de la casualidad. »

FRANCISCO DE BORJA GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Petri Abælardi, opera, etc. première édition complète, augmentée de notes, d'argumens, etc., par Mr. VICTOR COUSIN. 2 vol. in-4°; Durand.

La edicion de Abelardo, á que tan generosos esfuerzos ha consagrado Mr. Cousin desde hace muchos años, se halla ya terminada. Publicacion de tal importancia, emprendida y terminada por completo á expensas del autor, se compone de dos volúmenes en 4.º, de 800 páginas cada uno, en que pueden verse todos los escritos de Abelardo, revisados y anotados con tan piadoso esmero como magistral seguridad. En un prefacio latino de sóbria elegancia ha sabido el autor de los *Cursos de filosofía*, el historiador de la *Sociedad francesa* en el siglo xvii, hablar la lengua de Ciceron, como habla la de Pascal y Bossuet. Todos los amantes de la filosofía acogerán con gratitud esta obra de bendición, que con tanta dignidad completa los importantes trabajos destinados por Mr. Cousin á la filosofía escolástica. Mr. Cousin ha sido en realidad quien mas ha contribuido en nuestro tiempo á propagar el conocimiento é inteligencia de esta filosofía, que ha dado á luz el mayor y mas interesante número de obras no conocidas de los siglos xii y xiii. No cabe coronar mejor una série de estudios encaminados á presentar en toda su verdad una de las grandes épocas de la filosofía francesa.

Histoire de la fondation de la Republique des Provinces-Unies, par J. LOTHROP MOTLEY, précédée d'une introduction par Mr. GUIZOT. Tome III. Un vol. in-8°; Michel Lévy.

Este estudio, cuyos dos primeros tomos han promovido vivo interés, toma la historia de las Provincias-Unidas desde 1567, y la prosigue hasta la pacificación de Gante. Y cierto que la cualidad relevante de esta narración, tomada de fuentes auténticas, es su valor dramático; porque nada suscita tanto el terror y la compasión como las violencias y crueldades del Rey de España y de aquel duque de Alba, que recibió del papa sombrero y espada; y nada hay mas heroico que la resistencia de los holandeses, que un siglo mas tarde debían emplear firmeza igual con la república francesa. En medio de tan encarnizados combates, de infames maquinaciones, de saqueos de pueblos, se presenta la figura del príncipe de Orange. Profusamente sembrada de pormenores está la obra de Mr. Lothrop Motley. Segun lo dice el propio autor con bastante fundamento, los grandes asuntos de un reino encierran á menudo mezquinas lecciones de filosofía; pero otra cosa sucede cuando al cabo de tres siglos se sacan del polvo documentos secretos, que nos permiten estudiar el mecanismo interior de un sistema de tiranía absoluta. Vemos, pues, sin insistir mas, el interés que alcanza bastante, sea dicho de paso, á un eminente patronazgo.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
—editor responsable y propietario.—

SUMARIO. *Ocho días en el Castillo*, por Federico Soulié, pág. 737.—*La Hija de Antonio Perez*, por D. Pedro Escamilla, pág. 741.—*Viaje á China*, por lord Macartney, pág. 743.—*Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 744.—*Historia ilustrada de la Guerra de Africa*, pág. 745.—*De la guerra en Africa*, por el general Yusuf, pág. 747.—*Sección científica*, pág. 748.—*Crónica estranjera*, pág. 749.—*Crónica española*, pág. 750.—*Crítica teatral*, pág. 751.—*Bibliografía española*, pág. 751.—*Bibliografía estranjera*, pág. 752.

Advertencia importante.—La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamación que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la repartición del número, y en Provincias á los ocho días de su publicación, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproducción en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID: 1859.—Imp. de C. Bailly-Bailliere.